

1. El desarrollo de los estudios de morfología urbana: hacia una convergencia interdisciplinaria

El estudio del paisaje, de la morfología urbana, forma parte con pleno derecho de las investigaciones sobre la ciudad. Una serie de disciplinas han contribuido a introducirlo. Entre ellas de forma eminentemente la geografía, que hizo del paisaje un objeto de estudio fundamental para tratar de asegurar la identidad e independencia de su ciencia. Pero también sociólogos, economistas, historiadores y arquitectos, que han contribuido a renovar profundamente este campo, que se configura cada vez más como un espacio de convergencia interdisciplinaria.

En este capítulo dedicaremos atención al desarrollo del estudio del paisaje urbano en las distintas disciplinas que han contribuido y contribuyen a su investigación.

PAISAJE GEOGRÁFICO Y PAISAJE URBANO

El paisaje se convirtió en un objeto de estudio esencial de la geografía desde principios del siglo xx, en parte para asegurar la identidad de la disciplina frente a las amenazas de división entre la geografía física y la geografía humana¹. La combinación de fenómenos en la superficie terrestre se traduciría en diferentes tipos de «paisajes», de morfologías territoriales. Eso ocurre a diferentes escalas, desde la escala regional a la urbana. Si en la primera cada región se traduce en un paisaje diferenciado –y en alemán la expresión *Landschaft* expresa a la vez el paisaje y la región– a la escala urbana puede hablarse del paisaje de una ciudad, de un barrio o de un sector determinado.

La ciudad sería la forma más excelsa de paisaje cultural sobre la Tierra y los mismos geógrafos pasaron a abordar tempranamente el estudio morfológico de las ciudades. En especial, la evolución de los planos y la fisonomía urbana como herencia del pasado y como traducción morfológica de las funciones que posee la ciudad². En seguida ese enfoque incorporó también el estudio de otros elementos de la morfología: el parcelario, por influencia de las investigaciones de geografía agraria; y los edificios, por influencia de esas mismas investigaciones, que prestaban gran atención a la casa rural.³

El paisaje puede utilizarse en las investigaciones como punto de partida o como punto de llegada. Es decir, se puede partir del paisaje para hacerse luego preguntas sobre los elementos que explican su formación, para inferir a partir de las señales

que se reconocen en el mismo las ideas, las prácticas, los intereses y las estrategias de la sociedad que lo produce. O se puede estudiar al final de una investigación y examinarlo como el resultado de una evolución en la que han incidido los diversos factores objeto de análisis.

La morfología urbana, el espacio construido, refleja la organización económica, la organización social, las estructuras políticas, los objetivos de los grupos sociales dominantes. Solo hay que saber leer. Porque, efectivamente, el paisaje puede leerse como un texto. Es un texto, tanto en el sentido actual como en el originario (es decir, tejido, de *textum*, participio de *texo*, tejer). El paisaje es una especie de palimpsesto, es decir que, como en un manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior, hay en él partes que se borran y se reescriben o reutilizan pero de las que siempre quedan huellas. Y es un espacio tejido cuya trama y urdimbre hay que saber reconocer³. Es misión del geógrafo y de otros especialistas descubrir y reinterpretar dichas huellas del pasado, que aparecen siempre a la mirada atenta del observador. Si el espacio y el paisaje son un producto social, será posible partir de las formas espaciales que produce la sociedad para llegar desde ellas a los grupos sociales que las han construido⁴.

El estudio de la morfología urbana supone siempre una atención a los elementos básicos que configuran el tejido urbano y a los mecanismos de transformación de las estructuras. Exige a la vez una aproximación estructural, es decir, que tenga en cuenta los diversos elementos componentes y sus interrelaciones, y diacrónica, es decir histórica, que dé cuenta de las transformaciones. Esta dimensión es tan importante que algunos prefieren hablar de morfogénesis para designar a este campo de estudio. Un campo que supone, por un lado conocer la configuración física del espacio, con sus construcciones y vacíos, con sus infraestructuras y usos del suelo, con sus elementos identificadores y su carga simbólica. Se trata de elementos que están profundamente imbricados e interrelacionados, aunque con diferentes grados de estabilidad. Y conduce a una reflexión sobre las fuerzas sociales económicas, culturales y políticas que influyen en su configuración y transformación.

EL INTERÉS DEL ESTUDIO DE LA MORFOLOGÍA URBANA

El paisaje urbano constituye una herencia cultural de gran valor. Su estudio tiene una indudable dimensión educativa. Pero también es importante para la identidad de los ciudadanos, que viven crecientemente en ciudades que experimentan cambios continuados y a veces enormes. Hay, además, razones económicas, relacionadas con la inversión acumulada en ese patrimonio: parece razonable pensar que es mejor conservarlo que destruirlo. Es, sin duda, un sin sentido la construcción de viviendas nuevas mientras que se permite la degradación del parque inmobiliario existente. Y con mucha frecuencia es posible reutilizar los viejos edificios que han perdido sus funciones iniciales, como, por ejemplo los edificios obsoletos de la actividad industrial⁵.

[Las ciudades que hoy existen son un resultado de una continua construcción y reconstrucción desde sus momentos iniciales, que en algunos casos se remontan a varios milenios atrás. Una buena parte del paisaje que hoy vivimos es heredado, ya que la continuidad del poblamiento es generalmente muy grande.] En el Próximo Oriente puede haber ciudades que se han mantenido durante cinco o seis milenios sobre el mismo emplazamiento. Hay que tener en cuenta que en el Viejo y Nuevo Mundo existen numerosos casos de sucesión de la ciudad sobre el mismo lugar durante siglos y milenios. Son ciudades construidas literalmente de forma sucesiva sobre sus propios escombros⁶.

En España la continuidad entre las ciudades prerromanas, romanas y actuales es en muchos casos verdaderamente asombrosa. En este libro daremos muchos ejemplos. Baste citar aquí que las excavaciones realizadas en el centro de la actual Valencia han permitido encontrar restos de la antigua colonia de Valentia unos 3 metros bajo el nivel actual con el foro debajo de la plaza de la Virgen. En Pamplona los restos de la Pompeyo pompeyana (y antes del núcleo indígena preexistente) se encuentra en la colina del barrio de la catedral, donde las calles Curia y Dormitación, junto con las de Navarrería y Arcediano, mantienen fosilizados los restos de la ciudad romana. En Calahorra, la vieja Calagurris ibérica y luego romana se encuentra enterrada bajo el casco viejo actual e influye en la disposición de la trama. Metellinum, la Medellín actual, se localizó sobre un poblado indígena cuya estructura continuó y que es la base de la ciudad posterior; de la misma manera el casco antiguo de Cáceres coincide con el de Norba Caesarina, y las murallas almohades siguieron exactamente el trazado de las romanas. Y en Barcelona, por citar un último caso, la Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino conserva a metro y medio o dos metros bajo su suelo los restos de la ciudad romana y el lugar del foro sigue estando ocupado 2.000 años más tarde por los dos edificios más representativos de la ciudad, el ayuntamiento y el palacio de la Generalitat⁷.

Las formas medievales abundan todavía hoy en nuestro entorno europeo. Algunas prácticamente fosilizadas, en ciudades que han tenido un escaso desarrollo económico y demográfico. Otras muchas reconocibles aún incluso en ciudades que han tenido un gran dinamismo; en el caso de Barcelona, como de numerosas ciudades españolas y europeas en general, Ciutat Vella conserva plenamente vigente el trazado viario y buena parte del parcelario medieval. Mucho más presentes están las formas de la edad moderna y de la revolución industrial, con la pervivencia de gran número de edificios de los siglos XVIII y XIX.

Conviene, de todas formas, tener presente que la evolución de las ciudades no es una historia de progreso y expansión continuada. A veces hay estancamiento y fuertes retrocesos. Importante fue, por ejemplo, el que se dio tras el fin del imperio romano, durante el cual algunas ciudades pudieron quedar en ruina total, e incluso ser momentáneamente abandonadas y perder una parte considerable del espacio urbanizado, como ocurrió, por citar dos casos, en la antigua Augusta Treverorum (Tréveris) y en Tarraco. También hubo estancamiento en las ciudades europeas tras la peste de 1348; o en el siglo XVII, con ciudades arruinadas por las guerras de religión; a comienzos del siglo XIX con las guerras napoleónicas —que afectaron,

entre otras, a buen número de ciudades españolas—; o tras la primera y segunda guerras mundiales.

Tras esas crisis y destrucciones la estrategia de reconstrucción se ha podido hacer rescatando la trama y la edificación antigua o con olvido de todo lo anterior. Con mucha frecuencia se ha optado por la reconstrucción. A veces puramente ideal, como la aspiración a la reconstrucción de la romanidad en la alta edad media, o la aspiración a la reconstrucción de lo visigodo en la España medieval; otras veces como recuperación de edificios concretos, como se hizo en Alemania o Polonia tras la segunda guerra mundial⁸. Pero también ha habido reconstrucciones radicales, con olvido de todo lo anterior. Sobre todo en casos en que la ciudad estaba ya muy arruinada —como ocurrió en muchas ciudades romanas desde el fin del imperio—; o cuando han cambiado de forma importante las condiciones sociales y económicas; o, finalmente, cuando por razones políticas se impone un nuevo plano —por ejemplo, un plano ortogonal.

En todo caso, la expansión de la construcción durante el siglo xx y a lo largo del último medio siglo ha sido impresionante. En todo el mundo el número de viviendas construidas desde principios de siglo supera a todo lo que se construyó anteriormente. Los paisajes de más de un siglo de antigüedad son ahora prácticamente residuales. Por ello es tan importante su cuidadosa conservación.

El estudio morfológico puede tener objetivos puramente descriptivos y explicativos, y ayudar a entender la forma como las ciudades se han construido y evolucionado. También puede tener objetivos normativos, en cuanto que a partir del análisis morfológico puede mejorarse el diseño de la ciudad, al conocer mejor el comportamiento de los elementos componentes y los procesos de transformación de la ciudad. Mientras que los científicos sociales pondrán énfasis en los primeros, arquitectos y urbanistas lo harán en el segundo. Pero unos y otros deben colaborar en el análisis y explicación de los procesos y de las formas resultantes.

ASPECTOS FUNDAMENTALES DEL ESTUDIO GEOGRÁFICO DE LA MORFOLOGÍA

Los aspectos fundamentales del estudio geográfico de la morfología han sido el plano, los edificios, los usos del suelo y el estudio morfológico integrado de áreas concretas de la ciudad.

Ante todo el plano. Los geógrafos iniciaron el estudio de la morfología urbana considerando la trama viaria y su agrupación en planos generales de la ciudad. Para su análisis se utilizaron primeramente planos a escalas medias, que abarcaban el conjunto de la ciudad; pero pronto también el interés por el parcelario llevó al uso de las escalas grandes, 1:5.000, 1:2.000 y mayores aún, como la 1:500.

En todo caso el geógrafo ha considerado siempre el plano de la ciudad en relación con dos aspectos básicos en la geografía del primer tercio del siglo xx, a saber: su adaptación al emplazamiento, es decir la localización concreta del núcleo urbano; y el plano como reflejo de las etapas de crecimiento de la ciudad, de la evolución histórica.

Además del plano el geógrafo estudia también los edificios, con su diversidad de estructuras y de funciones, desde la vivienda, con sus distintos tipos, a los edificios industriales, comerciales o de recreo; el análisis de la fábrica construida permite introducir la tercera dimensión. Asimismo se ha interesado por los usos del suelo, los patrones de utilización económica y social del espacio, lo que permite identificar usos residenciales, comerciales y terciarios, industriales y de ocio, así como usos mixtos.

El análisis integrado de áreas concretas de la ciudad permite asimismo al geógrafo considerar, como en el estudio regional, la morfología urbana en tanto que reflejo de combinaciones complejas: evolución histórica, funciones económicas, recursos de los habitantes, tradiciones culturales, etc. En ese sentido los geógrafos pasaron a estudiar la morfología del Distrito Central de los Negocios y de las áreas con función comercial, de los distritos industriales y de los espacios residenciales, así como la morfología de los diferentes barrios. En este libro dedicaremos atención a los diversos aspectos antes enumerados, presentando en primer lugar la evolución de los planos de las ciudades, para pasar posteriormente al estudio de los edificios, de los usos del suelo y de las tramas complejas que se pueden identificar en la ciudad.

LAS DISTINTAS TRADICIONES EN EL ESTUDIO DEL PAISAJE GEOGRÁFICO Y DE LA MORFOLOGÍA URBANA

Una breve historia de la evolución de los estudios sobre el paisaje urbano desde la perspectiva de la geografía debe incluir referencias a las diversas tradiciones nacionales que han existido. Los estudios morfológicos se desarrollaron en primer lugar dentro de la tradición regional historicista. Solo en los años 1960 se cuestionó dicha concepción y se presentaron alternativas neopositivistas y cuantitativas que, sin embargo, fueron limitadas, y pronto quedaron rebasadas por nuevos enfoques que ponían énfasis en la producción social de las formas urbanas.

Prestaremos atención, en primer lugar, a los enfoques que se relacionan con la tradición historicista de la geografía regional y, más tarde, al cuestionamiento y reformulación de los mismos a partir de la revolución cuantitativa. Realizaremos la presentación destacando algunas tradiciones nacionales especialmente significativas e influyentes.

La tradición alemana

En Alemania el desarrollo de los estudios de morfología urbana se produce desde comienzos del siglo xx, con una aproximación esencialmente cualitativa y un fuerte énfasis en la morfogénesis.

Aparece ya en trabajos de Otto Schläuter, introductor del concepto de paisaje cultural (*Kulturlandschaft*), y defensor de una geografía concebida como ciencia del paisaje, centrada en «el reconocimiento de la forma y disposición de los

fenómenos de la superficie terrestre en tanto que son perceptibles por los sentidos», con un método de análisis adaptado del de la geomorfología. Aunque prestó atención sobre todo a la evolución del paisaje agrario europeo en el tránsito entre la edad antigua y la media, no dejó de interesarse también por el poblamiento y el paisaje de las ciudades⁹. La importancia que se concedió a la geomorfología en la formación básica del geógrafo desde fines del XIX proporcionaba unos hábitos de observación que se mantenían cuando esos mismos geógrafos se dedicaban a estudiar el poblamiento¹⁰.

Desde comienzos de siglo empezaron a aparecer investigaciones de gran interés sobre el desarrollo y significado de los planos de las ciudades¹¹. A partir de la segunda década esa línea fue reforzada por los trabajos de Siegfried Passargue, que aunque estaban centrados esencialmente en los paisajes regionales –en el doble sentido ya señalado de la expresión *Landschaft*– se dirigieron igualmente al estudio de paisajes más concretos como los urbanos. En esa línea se realizaron tanto en Alemania como en Austria gran número de investigaciones de geografía urbana en las que estaba presente de forma destacada la morfología o paisaje de la ciudad. Desde 1916 H. Hassinger estudió los edificios de Viena tratando de clasificarlos según la época de construcción, a partir de la edad media, elaborando mapas de conjunto que culminaron en un atlas histórico de esa capital¹². Al mismo tiempo aparecían trabajos sobre tipologías específicas, como las de las ciudades comerciales y los mercados¹³, y sobre viviendas. Gran trascendencia tuvieron en ese sentido los trabajos de W. Geisler, que en una investigación sobre Dantzing abordó una cartografía de los edificios según su altura y funciones, así como sobre su evolución histórica¹⁴, y finalmente pudo elaborar un estudio más general sobre los tipos de casas y parcelas de las ciudades alemanas como una contribución a la morfología del paisaje cultural¹⁵. Geisler clasificó las ciudades alemanas por su emplazamiento, su plano y los edificios, aprovechando para ello trabajos previamente realizados por geógrafos germanos sobre diferentes ciudades¹⁶.

Normalmente se citan esos trabajos como el comienzo de una amplia tradición en la geografía alemana. Una línea en la que se clasifican los núcleos de poblamiento según sus formas de organización y crecimiento «naturales» y «planificadas»¹⁷. Las viviendas y edificios urbanos fueron clasificados de muchas formas, siendo el tipo de los techos una de las más comunes¹⁸. La elaboración de atlas urbanos con gran número de planos dio lugar a numerosos trabajos¹⁹. Siguiendo esos pasos, tras la segunda guerra mundial el ya citado H. Hassinger, así como Hans Bobek y la escuela de Viena realizarían importantes aportaciones a la morfología urbana.

Los geógrafos alemanes extendieron sus métodos de análisis a otros países. En ese sentido, son interesantes los estudios de Siegfried Passarge sobre ciudades de varias regiones y, específicamente sobre España, los trabajos de O. Jessen acerca de los paisajes urbanos españoles²⁰.

La tradición de los estudios de morfología urbana no se interrumpió en Alemania tras la segunda guerra mundial. El estudio de la ‘fisionomía’ de las ciudades conducía al análisis de la formación de su plano, y al de su diferenciación interna, y permitía una clasificación de los tipos urbanos²¹.

La tradición francesa

En la tradición francesa la obra de Jean Brunhes, y especialmente su *Géographie humaine: Essai de classification positive* (1912), introdujo la preocupación por el paisaje, centrando la atención en los productos materiales y visibles de la interacción entre fenómenos físicos y humanos: la casa, el camino, el campo de cultivo, y la concreción de las interacciones en conjuntos geográficos bien delimitados, tales como un oasis o un valle alpino²². El concepto de paisaje cultural permitiría abordar el estudio de las transformaciones realizadas por el hombre sobre el paisaje natural. En esa línea sería Raoul Blanchard el que con su estudio sobre Grenoble (1911) y con su artículo «Une méthode de géographie urbaine» (*La Vie urbaine*, París, 1922) llevaría la atención hacia el paisaje urbano, facilitando la base teórica a un amplio conjunto de trabajos sobre las ciudades francesas²³.

Desde los años anteriores a la segunda guerra mundial los geógrafos galos extendieron sus análisis también a ciudades extraeuropeas²⁴. Unos estudios en los que la mirada sobre el paisaje urbano se ve afectada a veces por la elevada valoración de la ciudad francesa, cuya morfología es el elemento de comparación inevitable que conduce a comparaciones sesgadas²⁵.

Tras la segunda guerra mundial la obra de Max Sorre en *Les fondements de la géographie humaine* (1947-48) no deja de prestar atención al paisaje urbano. Para él «el plano urbano es algo dinámico, un compromiso perpetuo entre un pasado que trata de sobrevivir y una voluntad consciente que cree poder imponer su ley a la vida»²⁶.

A pesar de las tempranas aportaciones de Blanchard y de otras tesis urbanas, los estudios morfológicos se desarrollaron con más fuerza en el campo de la morfología rural. Al igual que ocurría en Alemania, las investigaciones sobre el paisaje rural prestaron gran atención al parcelario, a las formas del poblamiento y a la casa rural²⁷. En la década de 1950 Jean Tricart realizó unas interesantes propuestas para aplicar al estudio de la morfología urbana conceptos y métodos procedentes de la rural, más desarrollada en aquel momento²⁸.

El magisterio de Pierre George no dejaría de afectar a los estudios sobre morfología. Aunque él personalmente estaba más interesado en los factores económicos que influyen en la organización del espacio, prestó atención asimismo a las dimensiones morfológicas. Sus ideas sobre la morfología urbana se expusieron en varias publicaciones durante los años 1950 y comienzos de los 60²⁹. Dichas ideas son coherentes con su formación y su evolución política.

Eso mismo se percibe en sus obras generales sobre la ciudad. En 1961 su *Compendio de geografía urbana* dedicaba un capítulo a «La forma, el aspecto y el desarrollo» de las ciudades, en donde resaltaba los rasgos edilicios y viarios que diferencian a la ciudad de la aldea, y destacaba las especificidades del «paisaje urbano de las ciudades que han traspuesto el umbral de la industrialización». Para él «la descripción geográfica racional se funda en las características que contiene el mapa a gran escala, o *plano*», cuya interpretación y análisis exigen la visita de la ciudad. El objetivo del análisis sería, ante todo, «poner en evidencia la originalidad de la

fisonomía del núcleo, gracias a la cual cabe incluir la ciudad en una familia de tradiciones urbanas, en una serie arquitectónica, en uno o más períodos principales de urbanización inicial».

Para el análisis del plano es importante tener en cuenta la noción de *estructura del organismo urbano, de la aglomeración*. Según George «la observación, en el sentido más amplio de la palabra, nos lleva de nuevo a enterarnos de las diferencias entre las distintas unidades que integran la ciudad o la aglomeración. Y el análisis estadístico respalda siempre la observación al distinguir tipos de sectores de aglomeración y tipos de ciudad, que se caracterizan por su estado y su dinamismo»³⁰.

En la línea marcada por George fueron sobre todo sus discípulos los que al realizar tesis doctorales de geografía urbana profundizaron en esa dirección. Algunos efectuaron aportaciones de gran interés, en relación con otro tema que también interesaba a George, el de la organización funcional y morfológica del área suburbana. Por ejemplo Jean Bastié estudiando el crecimiento de la *banlieu* de París (1964). Son importantes también los trabajos de Etienne Juillard, en relación con sus investigaciones sobre la *banlieu* de Strasbourg. Al mismo tiempo, tanto por influencia de George como por el magisterio de otros autores, el estudio de los usos del suelo, las estructuras comerciales, las características de los paisajes urbanos fueron ampliamente estudiadas por los geógrafos franceses³¹. Las páginas de *Annales de Géographie* y otras revistas francesas recogieron un amplio muestrario de estas investigaciones.

En 1973 una discípula de Juillard, Sylvie Rimbert en su obra *Les paysages urbaines*, abordaba el estudio de la ciudad poniendo énfasis sobre todo «en las formas», para constatar «que son inseparables de las funciones actuales o pasadas»; y trataba de aprehender estas formas a diversas escalas: la del peatón, la del automovilista, la del arquitecto, la del administrador. Con una concepción tradicional de la materia Rimbert pensaba que el estudio del paisaje es esencialmente geográfico por dos razones: una, que la geografía es una síntesis de relaciones espaciales y que los paisajes resultan de la combinación de factores múltiples; y otra, que «las formas tienen ante todo aspectos concretos, sensibles, diferentes en cada latitud y que los geógrafos estudian la superficie terrestre dejando los espacios abstractos a otras disciplinas»³².

La tradición británica

En Gran Bretaña debido al temprano desarrollo de la moderna urbanización también se tuvo pronto la conciencia de sus consecuencias y de las nuevas formas que adoptaba. A fines del siglo XIX existen ya estudios sobre el crecimiento de las expansiones suburbanas³³.

El desarrollo desde comienzos de siglo en el mundo anglosajón de los estudios sobre regiones naturales y áreas espaciales como unidades paisajísticas se tradujo en investigaciones que a partir del tema tratado pasaban al estudio de campo en un espacio concreto. El principio de la «areal uniformity and diversity» se aplicó también al estudio de las áreas urbanas en sentido morfológico, con la búsqueda

de la «*areal organization*». Todo lo cual dio lugar al desenvolvimiento de los estudios de campo en el espacio urbano, o «*urban field studies*»³⁴.

De todas maneras, durante mucho tiempo el estudio de la forma urbana se limitó, como en otros países, a la evolución del plano y la clasificación de los distintos tipos de éste. Desde la geografía cultural surgió un interés por la morfología de los tipos de ciudades en Europa³⁵. Ese problema se refleja en el trabajo de R.E. Dickinson sobre la morfología de la ciudad occidental, una obra acabada en 1939 pero publicada tras la segunda guerra mundial con nuevos datos sobre la reconstrucción de las ciudades destruidas por el conflicto. En el libro se estudia la ciudad occidental tratando de mostrar los rasgos comunes («la ciudad, no las ciudades») y su morfología. Parte de la relación entre forma y función y muestra como ésta acaba determinando la estructura de la ciudad, presentando a continuación las etapas de la evolución histórica hasta la época moderna. Insiste en que el estudio de la ciudad debe partir ante todo de la estructura física, es decir, de la agrupación de edificios y de calles; luego de la organización social y económica de la ciudad; y finalmente del desarrollo histórico, teniendo en cuenta las fases de su evolución y, sobre todo, su estado actual. Para este autor, el geógrafo debe estudiar el tamaño, la función y la forma de la ciudad, con una perspectiva morfológica en la que «la forma del hábitat es interpretada a la luz de las funciones y desarrollo histórico»³⁶. A través de su magisterio en Estados Unidos esas ideas tendrían amplio eco en aquel país.

Pero de hecho, en los países anglosajones todavía a fines de los años 40 los estudios morfológicos estaban poco desarrollados en la geografía, como señala R.E. Dickinson en su famoso artículo sobre el desarrollo de esta ciencia. Para Dickinson la morfología urbana sería «el estudio de la configuración y construcción de ciudades considerado como expresión de su origen, crecimiento y función»³⁷, y estimaba que las aportaciones que se habían hecho en el mundo anglosajón a este campo eran de poca calidad ya que «el enfoque ha sido empírico más que genético, y es éste solo el que permite el reconocimiento de lo importante». De todas maneras, vale la pena tener en cuenta que ese autor, como otros en aquel momento, tenía una concepción restrictiva del estudio morfológico y no incluía en este campo aspectos que hoy se considerarían dentro del mismo, como todo lo que se refiere a los usos del suelo.

En los años 1950 la obra de A.E. Smailes estimuló tanto los estudios urbanos en general como los de carácter morfológico en particular³⁸. Aunque los lamentos siguieron. Así se percibe en el manual de James H. Johnson, en el que señala el hecho curioso de que a pesar del interés que el tema de la morfología urbana despertaba entre los geógrafos desde hace mucho tiempo, «se han escrito pocos trabajos que den cuenta de una manera completa del tejido visible de las distintas ciudades», lo cual atribuye a «la dificultad inherente a esta tarea: por una parte la variedad de los factores que concurren a la fijación de la morfología de un área urbana dificulta su descripción; por otra el gran número de fuerzas que influyen sobre esa morfología complica su explicación»³⁹.

La tradición española

Entre los geógrafos españoles la atención a la morfología urbana llegó con la herencia de Jean Brunhes, y se refleja concretamente en la obra de Leoncio Urabayen, que hacia 1916 quedó profundamente impresionado por la publicación de este libro y que, por incitación de Ricardo Beltrán y Rózpide, se propuso redactar hacia 1925 la primera «geografía humana» española⁴⁰. *La Tierra humanizada*, terminada en 1937 y que por los trastornos de la guerra civil solo pudo publicarse diez años más tarde, dedica amplia atención a la geografía de los paisajes humanizados y dentro de ellos a los paisajes de las residencias humanas.

Urabayen estimaba que la presencia y la actividad del hombre en la Tierra da lugar a cambios en la fisonomía del paisaje, y deja «como sedimentos de esta actuación determinadas obras que imprimen su señal sobre el suelo y cuyas características fundamentales son las de asentarse sobre la corteza terrestre, de ser permanentes y fijas y la de acusar en su génesis la interacción del hombre y del medio geográfico»; dichas señales «se originan en una necesidad creada por las exigencias del medio, las cuales, al ser contestadas por el hombre, adoptan diversas modalidades que constituyen otras tantas soluciones acreditativas del poder humano de reacción y del estado en que entonces se encuentra la técnica empleada»⁴¹.

Las tres necesidades humanas básicas de seguridad y abrigo, de trabajo, y de restauración de energías y ocio darían lugar a diversos «precipitados geográficos» que pueden ser estudiados en su presencia física y su morfología, y originan estructuras y paisajes diferenciados. Entre dichos precipitados geográficos Urabayen dedica amplia atención a las residencias humanas (diversos tipos de viviendas y sus asociaciones), los espacios libres (calles, plazas, jardines), las vías de circulación, las estructuras productivas, las dedicadas al aprovisionamiento (mercados), la evacuación de detritos (basureros, cementerios, crematorios), la restauración de las energías humanas (hospitales, colonias, balnearios y playas), la distracción y el recreo (parques, teatros, cines, hipódromos, etc.). Se realiza en esta obra un impresionante esfuerzo de sistematización del paisaje urbano, que debido a su tardía publicación y a que el autor no era profesor universitario sino de Escuela de Magisterio, no tuvo la influencia académica que merecía, al igual que ocurrió con otros trabajos del mismo⁴² (Figura 1.1).

Los estudios sobre paisaje urbano no siguieron, así, esta vía brunhesiana, sino que se desarrollaron sobre todo en el marco de las monografías sobre geografía urbana, las cuales, siguiendo el esquema de Blanchard –que en España fue traducido tempranamente al catalán en 1934 por Pau Vila– consideraban también siempre el paisaje de la ciudad y de sus distintas partes.

Así aparece en diversos artículos tempranos. Como los de José Manuel Casas Torres sobre algunos núcleos urbanos aragoneses⁴³, y Manuel de Terán sobre núcleos castellanos y aragoneses⁴⁴. Numerosas tesis doctorales realizadas a partir de los años 1960 se concibieron como monografías urbanas y prestaron siempre atención a la morfología de la ciudad. Un discípulo de Casas Torres, Joaquín Bosque Maurel

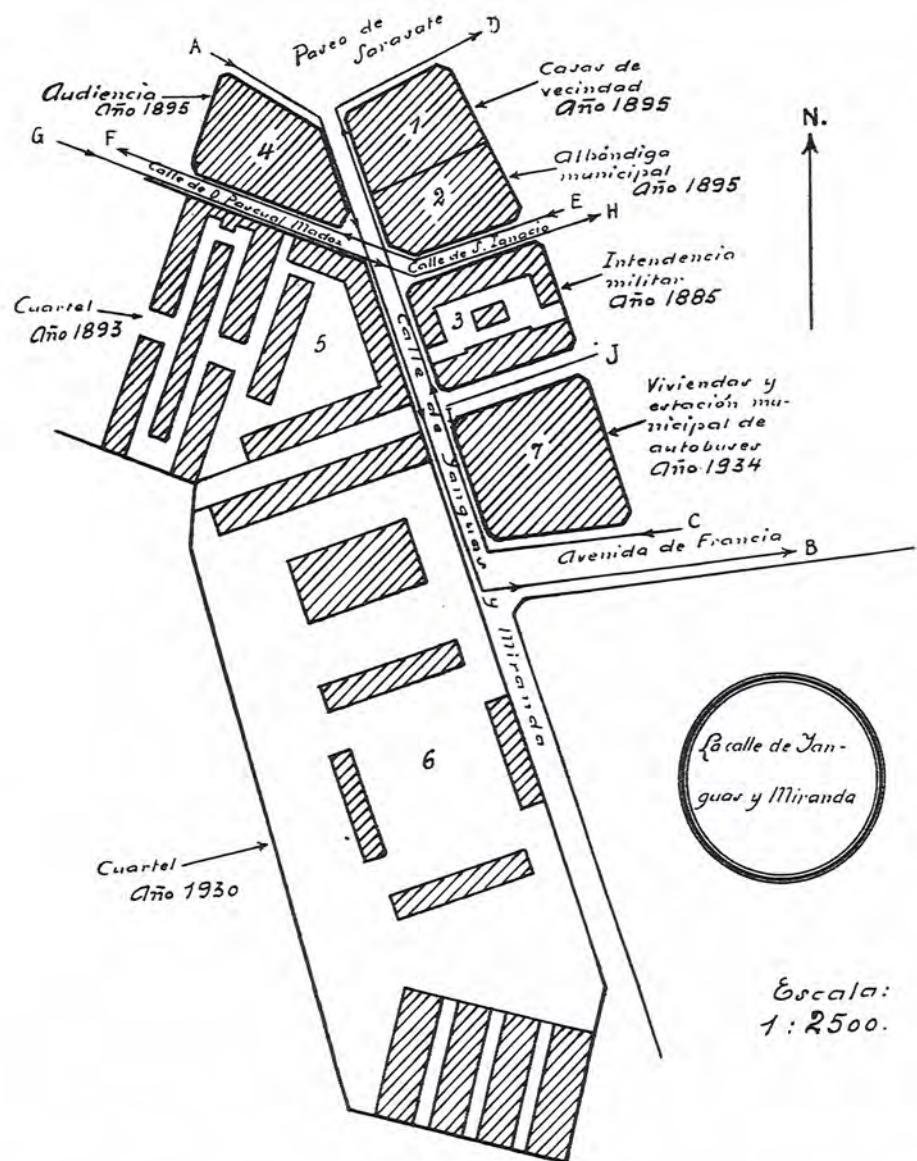


Fig. 1.1 Leoncio Urabayen realizó en *La Tierra humanizada* (1947) una temprana e interesante monografía del estudio de una calle, con el título «Una de tantas calles de ciudad, la de Yanguas y Miranda, en Pamplona». En ella estudia el emplazamiento, la situación, la configuración, la estructura, los materiales, la técnica empleada, el crecimiento, la eficiencia del trazado viario y la extensión e intensidad de la transformación del paisaje. La figura que reproducimos es una de las que se incluyen en dicha monografía, y va acompañada de otras sobre los terrenos de la calle en 1866, en 1882 y en 1904, así como de varias fotografías de su evolución

realizó con su tesis sobre la ciudad de Granada el mejor ejemplo de este tipo de trabajos, en el tránsito ya hacia otras metodologías⁴⁵.

Un enfoque diferente, más especializado, es el que se refleja en el trabajo de Manuel de Terán sobre dos calles madrileñas, las de Alcalá y Toledo, publicado en 1961⁴⁶. En la estela del estudio de Terán diversos geógrafos madrileños acometieron desde los años 1960 valiosas investigaciones sobre morfología urbana, que irán siendo citadas ampliamente en las páginas de este libro.

La tradición norteamericana

El desarrollo de la tendencia paisajista en Estados Unidos recibió un decisivo impulso con el artículo de Carl Sauer «The morphology of landscape» (1925). Para este autor los objetos que existen juntos en el paisaje están en interrelación y constituyen la realidad como un todo, dando lugar a una asociación que se expresa en una morfología. La acción de los grupos humanos se refleja en paisajes culturales, que llevan impresos la huella del trabajo del hombre sobre la tierra.

Desde ese momento Sauer y sus discípulos –la escuela de Berkeley de geografía cultural– pusieron énfasis en el estudio de dichos paisajes culturales, de sus diversos elementos constitutivos y de su combinación⁴⁷.

A partir de los estudios de difusión, tan importantes en la escuela de Berkeley (difusión de técnicas y plantas agrícola, de formas de las viviendas, de características culturales, etc.), uno de los discípulos de Sauer, Dan Stanislawski, abordó el estudio del origen y difusión de los planos ortogonales, en un trabajo de gran repercusión⁴⁸.

Desde otras perspectivas, y en relación sobre todo con los trabajos de la geografía alemana y con la ecología norteamericana, Robert E. Dickinson tuvo ocasión de difundir las investigaciones de los geógrafos alemanes acerca de las ciudades medievales⁴⁹.

La revista *Geographical Review* acogió en sus páginas gran cantidad de esos estudios con énfasis cultural y morfológico y referidos a ciudades norteamericanas y de otras áreas culturales, con artículos que se convirtieron en referencias imprescindibles sobre ese tema⁵⁰. En este libro tendremos ocasión de citarlos ampliamente.

Puestos a hacer un balance de los estudios de morfología urbana durante la primera mitad del siglo xx se pueden destacar varios aspectos.

Ante todo la atención a la evolución histórica de la ciudad y las etapas de la formación del plano urbano, con las principales fases de crecimiento. Por otro lado, la atención a los tipos de plano (espontáneos o irregulares, y planificados, y dentro de ellos los ortogonales, lineales o radioconcentricos). Naturalmente, ello iba unido a la constatación de que la mayoría de las ciudades tenían estructuras complejas, que yuxtaponían diferentes tipos de planos.

En tercer lugar, la clasificación de los edificios de acuerdo con diferentes tipologías, desde el número de plantas a los materiales constructivos o las formas de tejados y ventanas.

Con gran frecuencia el análisis se refería a ciudades concretas, estudiadas en forma monográfica. Y se realizaba con métodos cualitativos, sin criterios claros de establecimiento de tipologías y con fuerte énfasis en la cartografía.

CAMBIOS TEÓRICOS Y RENOVACIÓN DE LOS ESTUDIOS MORFOLÓGICOS

En los años 1960 se produciría una importante renovación de la morfología urbana. Influye en ello, por un lado, el desarrollo y enriquecimiento de las propias tradiciones anteriores; por otro, el impacto de la geografía teórica y cuantitativa.

En el estudio de la morfología urbana pueden reconocerse las mismas oscilaciones que se dan en la geografía en general. En la concepción historicista, la que dominó desde finales del siglo XIX a los años 1950 o 60, cada caso era específico, de una gran complejidad, con la historia como dimensión fundamental, y con dificultades para la generalización. En la concepción neopositivista, se afirma, en cambio, la necesidad de elaborar modelos generales y de considerar los casos concretos como ejemplos de leyes que han sido previamente descubiertas.

Como la morfología urbana se había desarrollado esencialmente de forma cualitativa, eso la hacía aparecer ahora como menos científica y de menor interés. El Simposio de la Unión Geográfica Internacional celebrado en Lund en 1962 realizó una acusada crítica a los estudios de carácter morfológico, considerándolos descriptivos, conservadores, no teóricos, carentes de metodología cuantitativa y con dificultad para generalizar a partir del estudio de casos concretos⁵¹.

Los geógrafos cuantitativos se preocuparon esencialmente por las formas y las distribuciones espaciales a escala regional. El libro de Peter Haggett *Análisis locacional en geografía*, permite tener una idea del tratamiento que estos geógrafos hacían del espacio: movimiento, redes, nodos, jerarquías y superficies son los temas organizadores del libro.

La geografía experimentó en aquellos años una fuerte influencia de la economía, y a partir de ella los geógrafos dirigieron su atención hacia los modelos de localización de las actividades y al uso del suelo, tanto a escala regional como a la escala de las aglomeraciones urbanas. La estructura interna y la configuración del espacio físico de las ciudades se derivaba esencialmente de la accesibilidad y el precio del suelo. En lo que se refiere a los usos, cuatro estructuras básicas resultaban de considerable interés: las comerciales, y en especial el distrito central de los negocios, la industrial, la residencial y los espacios libres. Al mismo tiempo, se interesaron también por el cambio producido con la remodelación y la reutilización del suelo urbano a través de la demolición de estructuras existentes y la construcción de otras nuevas, y por los efectos de las vías de circulación sobre el valor y la configuración de los usos del suelo⁵².

Además, algunos elementos de la morfología podían cuantificarse con facilidad. Era posible pensar en aplicar análisis estadísticos complejos, en particular análisis factoriales; por ejemplo, para tratar de agrupar elementos morfológicos y establecer tipologías, tal como se hizo también en el estudio de las funciones urbanas y de las

dimensiones básicas de los sistemas urbanos⁵³. Con esos métodos podían realizarse análisis que integraban una gran cantidad de variables morfológicas (ventanas, balcones, puertas, pisos, alturas, anchuras, forma de las aberturas ...) en numerosos barrios o ciudades, para encontrar regularidades o hacer agrupaciones⁵⁴.

En aquellos años se exploraron asimismo otras posibilidades en relación al análisis de la forma urbana. Concretamente, se exploró la posibilidad de considerar la trama viaria de un plano urbano como una red topológica, para aplicar la teoría de grafos y examinar de forma matemática la regularidad del mismo, su carácter aleatorio o las características de la estructura. El estudio de la trama urbana como una red topológica, como un sistema de rutas y nodos permite luego estudiar en la red características tales como la dimensión, el diámetro, la accesibilidad de cada punto al conjunto de la red, la accesibilidad de las distintas partes o de tramos determinados (por ejemplo, en las ciudades musulmanas, callejones sin salida que no conectan), o los tipos de patrones geométricos que se reconocen (regulares, reticulares, irregulares)⁵⁵.

También se pensó en la posibilidad de aplicar al estudio del plano algunos de los diferentes tipos de análisis estadísticos que entonces se estaban usando para buscar regularidades o agrupaciones en las estructuras del poblamiento⁵⁶; aunque no pasaron de la fase exploratoria. Especial importancia tuvo, en todo caso, el estudio pionero de Stan Openshaw en el que se afirmaba que para el futuro de los estudios de morfología urbana era esencial elaborar un marco teórico integrador, y que los conceptos básicos ya existían aunque no hubieran sido todavía integrados explícitamente en una teoría, debido a la naturaleza histórica y a la complejidad espacial de las interrelaciones. La clave para dicha integración estaba, según el autor, en «la explicación del origen, la intensidad y la variabilidad de las fuerzas funcionales responsables de la actuación de los procesos morfológicos». En ese sentido le parecía de especial importancia el estudio de la estructura y la naturaleza dinámica de la organización de la franja periférica urbana, la cual «puede ser explicada en términos de la teoría económica urbana general y, dentro de dicho marco, pueden identificarse e interpretarse las fuerzas responsables de los otros procesos morfológicos»⁵⁷.

Pero la geografía cuantitativa, además, presentaba otros retos a los estudios morfológicos. Esencialmente el de pasar desde el estudio de casos particulares y de monografías sobre la morfología de una ciudad a la elaboración de modelos y teorías generales. Teorías que debían tener, además, una capacidad de predicción.

Era algo que los análisis morfológicos no podían proporcionar en aquellos momentos, y que constituía igualmente una debilidad de los que se realizaban en otros campos; aunque, como veremos, algunos arquitectos, tal vez sin ser conscientes de ello, estaban transitando una vía que iba en esa dirección. También en la geografía partiendo de posiciones que podríamos llamar tradicionales se seguía un camino que conducía a establecer marcos teóricos de validez general.

Esa sería, de alguna manera, la aproximación de M.R.G. Conzen (n. 1907), un geógrafo formado en Berlín y que emigró a Gran Bretaña antes de la segunda guerra mundial. Su obra, que se había venido gestando desde fines de la década de

1950⁵⁸ y que tenía un enfoque histórico e inductivo, pudo ser interpretada también por los nuevos geógrafos en el marco de esa demanda hacia la generalización que existía a finales de la década de 1950 en el mundo anglosajón.

Su famoso estudio sobre el núcleo de Alnwick, en Northumberland, se convirtió en aquellos años en un modelo del análisis del plano urbano, no tanto por la cuidadosa investigación histórica que lo sustentaba, sino porque al final elaboraba un modelo que podía ser de aplicación general⁵⁹. Por eso pronto se convirtió en una referencia indispensable en estos estudios.

Conzen puso énfasis en las franjas periféricas de crecimiento de la ciudad y en las sucesivas fases de expansión y estancamiento. También destacó las franjas periféricas ligadas a la existencia de líneas de fijación o barreras al crecimiento (murallas, río, vía de ferrocarril ...) que dan a estas áreas usos del suelo atípicos, y puso énfasis en la identificación de los elementos invariantes y cambiantes.

Posteriormente haría otras aplicaciones de su metodología⁶⁰; entre las cuales destaca la que realizó en 1966 en la reunión de historia urbana que se celebró en Leicester y que fue coordinada por H.J. Dyos, en la cual presentó una comunicación sobre el uso de planos de ciudades en el estudio de la historia urbana⁶¹. En ella criticó la utilización restrictiva que se había venido haciendo de los planos de las ciudades atendiendo solo a la configuración de las calles y olvidando otras dimensiones. La comunicación tuvo un gran impacto entre los historiadores participantes en la conferencia, que reconocieron explícitamente su gran novedad respecto a lo que se hacía hasta ese momento⁶². El autor seguiría profundizando en esa misma dirección en otros trabajos posteriores.

En la misma línea deben destacarse asimismo las investigaciones de Harold Carter, un geógrafo de formación clásica historicista pero que supo ser sensible a los nuevos desarrollos, incorporando a su trabajo temas nuevos como la toma de decisiones⁶³. Toda esa evolución se deja sentir en su famoso manual dedicado al estudio de la geografía urbana, cuya primera edición es de 1972 y que constituye una buena síntesis del estado de los estudios sobre el plano en la década de los 70⁶⁴.

El manual de Carter muestra la tensión entre los enfoques regionales historicistas y los cuantitativos y la búsqueda de soluciones, como se observa en el capítulo sobre el plano de la ciudad. En la conclusión del mismo se hace eco de las nuevas posibilidades que ofrecían los análisis cuantitativos de la forma urbana (a lo que ya se aludido anteriormente), y muestra sus reticencias hacia dichos estudios indicando que, en su opinión, no ofrecen resultados interesantes. Frente a la forma tradicional de análisis del plano urbano realizada hasta el momento –con el énfasis en planos irregulares o regulares, planos en cuadrícula, radioconcéntricos, etc.– Carter considera que ese tipo de análisis histórico del plano «nos ofrece poco de esa teoría o esa medición que parecen reclamarse como necesarias para situar los estudios geográficos a un nivel, *por así decirlo*, más respetable, o, al menos, para sustituir el estudio erudito de lo particular y único por una mayor generalidad»⁶⁵.

Geografía radical y morfología

Desde los años 1970 se estaban ya escuchando abiertas críticas a la geografía cuantitativa. Por su neutralidad, por su carácter ahistórico, por su falta de atención a la complejidad y a las situaciones concretas. La vuelta del historicismo hizo aparecer un interés renovado por lo cualitativo, por la historia, por la complejidad, por los lugares concretos llenos de carácter y singularidad.

Los trabajos de Conzen, que antes habían sido valorados por el esfuerzo que se hacía en ellos para llegar a un modelo general del desarrollo del plano, tuvieron ahora nueva influencia en un marco intelectual diferente al de comienzos de los años 70, y la finura de su análisis histórico se percibió en este momento con gran fuerza.

En los años 1970 y 80 diversos factores contribuyen a que en algunos lugares se vaya despertando un renovado interés por la morfología urbana. En Alemania, donde el impacto de la geografía cuantitativa fue tardío y limitado, la tradición morfológica no se perdió nunca; en los años 1980 los estudios morfológicos seguían estando presentes y representaban más de la tercera parte de la geografía urbana, mayor que en otras tradiciones nacionales⁶⁶, aunque en realidad una parte de las investigaciones sobre este tema seguían haciendo bajo otras denominaciones (como, por ejemplo, localización de usos del suelo). Lo mismo ocurrió en Francia, donde los estudios urbanos tenían una gran importancia y la atención a la morfología se siguió manteniendo igualmente⁶⁷. En España se prolongaba asimismo la tradición de estudios morfológicos iniciada en años anteriores con el magisterio de Manuel de Terán y José Manuel Casas Torres, a la vez que surgían nuevos grupos de estudiosos, por ejemplo en Granada, por el magisterio de Joaquín Bosque Maurel, en Valladolid por el de Jesús García Fernández⁶⁸, en Zaragoza, en Valencia o en Barcelona⁶⁹; la situación era a la vez rica y confusa, ya que por un lado se mantenían imperturbables los que seguían realizando sus investigaciones desde la perspectiva de la concepción regional historicista, sin haberse dejado afectar lo más mínimo por los debates de años anteriores, y por otro llegaban a la vez las ideas de la geografía cuantitativa y la impugnación de las mismas por los jóvenes geógrafos.

La geografía radical, con su énfasis en lo social, se dedicó a estudiar nuevos aspectos poco tratados hasta entonces en la geografía humana. Así aparece de forma destacada en los trabajos de David Ley, y en especial en su manual sobre geografía urbana (1983) con un enfoque claramente social. Ese interés por los temas sociales en la ciudad podía hacer disminuir o desaparecer el interés por la morfología y el plano. Pero a partir de lo social muchos autores podían poner énfasis en la importancia de dimensiones diversas como, por ejemplo, la gestión urbana⁷⁰ o llegar al estudio de los agentes urbanos que construyen la ciudad, que son responsables de la organización general, de los usos del suelo y, en definitiva, de la morfología.

En toda esa evolución incidía también la influencia de los estudios realizados en otras disciplinas, especialmente por historiadores, sociólogos, economistas y

arquitectos⁷¹. Frente a una aproximación en la que el hombre era en cierta manera un sujeto pasivo que se movía en un espacio ya edificado, se llega a otra en que pasa a ser un agente activo en la construcción de la morfología, que aparece ahora como el resultado de la acción de esos grupos sociales, y de los técnicos.

En geografía ese enfoque aparece ya desde mediados de la década de 1970⁷² y se desarrolla luego a partir de los años 80 de una forma intensa y sistemática. Se prestó atención a los agentes urbanos que son responsables de la morfología (propietarios, promotores, constructores, técnicos y otros) actuando en espacios concretos de la ciudad, y en los procesos a través de los cuales actúan. Unos agentes que además estaban interviniendo en la revitalización del centro histórico, cuestión que adquiría ahora gran interés con la crisis de la construcción y el nuevo énfasis en la historicidad. Todos esos temas aparecen ya claramente o de forma implícita en algunos manuales de comienzos de los 80⁷³. Y luego se desarrollan explícitamente en programas de investigación más detallados en diversos países.

En algunos países, como en España, la formación histórica tradicional de los geógrafos y el énfasis en la morfogénesis se convertía en un valor relevante que permitía conectar fácilmente con las nuevas preocupaciones. Algunos historiadores de amplios intereses y relacionados de una forma u otra con la geografía pudieron actuar igualmente de puente para la llegada de nuevas ideas⁷⁴. Eso permite entender la rápida renovación de los estudios de morfología urbana en algunos lugares y la calidad que pronto adquirieron⁷⁵.

Especial importancia tuvieron las investigaciones de J.W.R. Whitehand, en la línea de las propuestas de Conzen e influídas por ellas. Desde fines de los 70 Whitehand, abordó el estudio de la evolución de las formas construidas relacionándolas con procesos de innovación y difusión, así como el volumen de la construcción a lo largo del tiempo, lo que puso en relación con fases de crecimiento y recesión económica⁷⁶. Diversos artículos sobre los agentes del cambio en la morfología del centro urbano y el papel de los propietarios, de los constructores, de los promotores y de los arquitectos en la transformación de las ciudades británicas⁷⁷ permitieron luego llegar a planteamientos más generales⁷⁸. Sus investigaciones han abordado desde el papel de las instituciones en la asignación de usos del suelo en las franjas periféricas hasta los cambios en el centro de la ciudad, prestando una atención creciente a los comportamientos de los propietarios y de las instituciones. El grupo animado por Whitehand creció hasta alcanzar cerca de una veintena de miembros, que han realizado investigaciones de gran valor y que han constituido un Urban Morphology Group⁷⁹.

Aspectos básicos del cambio que se produjo en esos años finales de los 70 y durante los 80 fueron, además de la atención a los agentes, la que se dirigió a los ciclos económicos, a la industria de la construcción, a la historia, a la percepción y su influencia en el proceso decisorio. De especial interés fue también la línea de trabajo sobre dimensiones simbólicas de los estilos⁸⁰. Se valora también la aproximación empatética a la complejidad de la vida urbana; es significativo que en su obra sobre la condición de la postmodernidad David Harvey señale la importancia y la influencia de la obra de Jonathan Raban *Soft City* (1974) en la

que se considera la ciudad como «una enciclopedia» llena de sentido y de datos que no aparecen en los modelos y estudios científicos y la vida urbana con una complejidad tal que no puede ser totalmente aprehendida por modelos racionales⁸¹.

Fueron años de rápida circulación de ideas y de interacción entre los distintos especialistas, que se vieron mutuamente influidos.

Las demandas del movimiento conservacionista llevó a geógrafos profesionales a colaborar con urbanistas e historiadores del arte para el estudio del paisaje urbano, con vistas a la adopción de medidas protectoras⁸². Puede decirse que la renovación de los estudios morfológicos se hizo en geografía a partir del conocimiento de los estudios que se relizaban en otras disciplinas. Dedicaremos ahora atención a ellas.

LA HIBRIDACIÓN INTERDISCIPLINARIA

Si el estudio de la morfología urbana ha sido desde comienzos del siglo XX un campo destacado de investigación de la geografía, eso no significa que fuera exclusivo de estos especialistas. A partir de motivaciones y de problemas diversos otras disciplinas fueron dirigiendo asimismo su atención hacia este tema. En particular, la sociología, la economía, la historia, la historia del arte y la arquitectura, que sin duda fueron influídas por la geografía en algunos casos, pero a partir de las cuales se introdujeron también –como ya hemos dicho– nuevos temas y enfoques en el estudio de la morfología de las ciudades.

La sociología: morfología social, ecología urbana y producción del espacio

En la sociología francesa los discípulos de Emile Durkheim prestaron atención desde comienzos del novecientos a la morfología de las ciudades dentro de sus estudios de «morfología social». Enfrentados a los geógrafos insistieron en los aspectos sociales, frente a los determinantes físicos. Para Durkheim, que consideraba a la sociología como una ciencia social integradora, los aspectos morfológicos tenían importancia y constituían el sustrato social formado por «la masa de individuos que constituyen una sociedad, el modo en que están distribuidos sobre el suelo, y la naturaleza y configuración de todo tipo de cosas materiales que afecten a las relaciones colectivas»; era en definitiva, «la estructura física de las sociedades»⁸³.

En esa línea no extraña que un miembro de esta escuela, Maurice Halbwachs, dedicara atención entre 1908 y la década de 1920 a temas tales como la expropiación y el precio de los terrenos urbanos, la distribución o los problemas de extensión y ordenación urbana de las ciudades⁸⁴. O que posteriormente otros sociólogos franceses –como por ejemplo Chombart de Lauwe y, sobre todo sus discípulos– siguieran prestando gran atención al tema de la morfología de la ciudad, por ejemplo a la configuración de los espacios suburbanos.

Los sociólogos de la escuela de Chicago, por su parte, estaban interesados especialmente por la investigación del comportamiento humano en el medio urbano⁸⁵, pero llegaron bien pronto a interesarse por la organización general de la

ciudad y, además de realizar estudios sociales sobre la vida urbana, incorporaron también la dimensión morfológica en sus estudios. El mismo Park, que seguía muy de cerca el desarrollo de los estudios de geografía urbana en Europa, aludía ya en su temprano ensayo sobre la ciudad (1915) a la forma como el plano establece un orden en la ciudad, y como todo ello está afectado por el valor del suelo; y se interesó por las relaciones entre el medio social y el medio físico, manifestando que «con el paso del tiempo cada sector o cada barrio de la ciudad adquiere algo del carácter y de las cualidades de sus habitantes», y que «aquellos que al principio solo era una simple expresión geográfica se transforma en vecindad; es decir, en una localidad con su propia sensibilidad, sus tradiciones y su historia particular»⁸⁶.

A partir de la elaboración de esquemas generales de desarrollo urbano, como el de Burgess –en el que de forma inadecuada, desde la perspectiva de una clasificación rigurosa, mezcla caracterizaciones sociales (Pequeña Sicilia, Deutschland, inmigrantes de segundo asentamiento, barrio chino, sectores de vicio, cinturón negro) con otras morfológicas (viviendas unifamiliares, chalets residenciales, habitaciones amuebladas, sector de *bungalows*, áreas de dos pisos ...)–⁸⁷ los sociólogos de Chicago llegaron a la realización de estudios sobre la organización general de la ciudad, en los que la morfología estaba presente. También hicieron observaciones cualitativas sobre barrios urbanos («áreas naturales», vecindarios) con observaciones de campo y, eventualmente, descripciones y análisis de la morfología, en relación con su preocupación por las áreas de actividad comercial e industrial y, a veces, por el paisaje asociado a ellas y a los usos del suelo en general⁸⁸. A partir del debate sobre el concepto de área natural algunos se lanzaron a elaborar mapas sobre alquileres y tipologías de viviendas por áreas⁸⁹, a la vez que estudiaban el impacto de las autopistas en el valor del suelo y en las tipologías de uso⁹⁰.

Las ideas sobre el espacio como producto social aparecían ya en los morfólogos sociales. Los geógrafos se oponían a ello: la sociedad sería más bien una especie de producto espacial, un resultado de las adaptaciones y las influencias del medio físico –o más bien geográfico, es decir, del medio humanizado– sobre los grupos sociales. Aquella idea de los morfólogos sociales fue luego retomada a fines de los años 1960 por el filósofo Henry Lefebvre y por sociólogos marxistas, especialmente los del grupo de la revista *Espaces et Sociétés*, en el que participaban también arquitectos, geógrafos e historiadores. Dichos autores tendrían una importancia fundamental, con sus estudios sobre la localización del suelo y otros factores que inciden en la formación de rentas diferenciales del suelo, y que afectan al precio de la vivienda y a sus características⁹¹. Se trata de ideas que serían muy influyentes a comienzos de los años 1970 en Francia, Italia y España, y una década más tarde en Reino Unido y otros países.

La economía: ciclos constructivos e industria de la construcción

Con las grandes transformaciones de las ciudades durante la segunda mitad del siglo XIX se hicieron necesarias cuantiosas inversiones económicas para financiar los trazados de nuevas calles, las expropiaciones, los derribos, las redes de gas,

alcantarillado y suministro de agua, etc. Los ayuntamientos de las grandes capitales tuvieron que obtener empréstitos para abordar esos problemas y hubo fuertes polémicas en la prensa⁹². Con motivo de ello diversos profesionales de la economía se vieron obligados a abordar los problemas económicos relacionados con la financiación de la ciudad.

Pronto se dirigió también la atención hacia la vivienda como inversión y a las estrategias que llevaban a los inversionistas a seleccionar la industria, el comercio o la construcción. De ahí surgió un interés por la relación entre los ciclos constructivos y los ciclos económicos. Al mismo tiempo, la atención a la localización de las actividades, al precio del suelo, al coste de las infraestructuras espaciales dio lugar a la aparición de un grupo de economistas a los que se puede calificar de economistas del suelo o economistas espaciales, activos desde los años 1920 y 30 y de cuya actividad es reflejo la revista *Land Economics*.

En los últimos cincuenta años los trabajos de los economistas se han desarrollado esencialmente en relación con tres tipos de problemas. Uno el que se refiere a los usos del suelo, y que conduce al desarrollo del campo de la economía del urbanismo, como una parte complementaria que desarrolla los temas de la economía regional a una escala mayor⁹³. Otros dos tienen que ver con el debate sobre la existencia de una economía atlántica integrada, y con el de las características de la industria de la construcción. Como ya nos hemos referido páginas atrás a la primera de esas líneas y a su influencia en la geografía, aludiremos ahora a las dos últimas.

La economía atlántica integrada

Desde los años 1950 el interés de los economistas por los ciclos económicos les condujo a investigar los que se producían en la construcción⁹⁴. Desde bien pronto se descubrió una característica importante de dicha industria, a saber: la existencia de grandes variaciones en las inversiones en construcción, y la relación estrecha con la coyuntura económica. La existencia de ciclos, con fases de crecimiento y de disminución de la actividad constructiva se puso en relación con el mercado de capitales y con la evolución de la coyuntura económica en general.

Paralelamente, los estudios de Joseph A. Schumpeter sobre las relaciones entre migraciones y ciclos económicos tuvieron también influencia en la aparición de investigaciones sobre ese tema, y en particular en el estudio del impacto de dichas migraciones en las dos orillas del Atlántico norte, que conocieron un fuerte flujo migratorio durante todo el siglo XIX.

Naturalmente, pronto surgió la idea de relacionar dichos movimientos migratorios con los ritmos de desarrollo urbano, y más concretamente con la actividad constructiva de viviendas. Lo que llevó a establecer series cuantitativas acerca del ritmo de la construcción a escala nacional o en ciudades importantes de Gran Bretaña y EEUU.

Los resultados parecieron mostrar la existencia de ciclos contrarios en uno y otro país, con una covariación negativa entre las respectivas series de construcción: el aumento de la edificación en EEUU sería paralelo a una caída en Gran Bretaña

y viceversa. Especial importancia tuvo en ese sentido alguna investigación⁹⁵ en la que esos ciclos contrarios se pusieron en relación con la intensidad de la migración desde Gran Bretaña y la demanda de viviendas al otro lado del Atlántico, migración que iría asociada, a su vez, a un movimiento de capitales hacia EEUU y un aumento de la actividad económica en ese país, así como a una disminución del capital disponible para la construcción en Gran Bretaña. En conjunto, una mayor emigración hacia EEUU disminuiría la demanda de la migración hacia las ciudades británicas y por consiguiente la demanda de viviendas; como Gran Bretaña era en el siglo XIX el mayor exportador de capitales, la demanda de viviendas en las ciudades norteamericanas atraería también capitales británicos, disminuyendo la intervención de éstos en la construcción en su propio país.

La comprobación de esa hipótesis dio lugar luego a otros trabajos, que en los años 1960 se dirigieron cada vez más hacia la elaboración e interpretación de series históricas de la construcción en diversas ciudades.

La hipótesis anterior fue impugnada por varios investigadores⁹⁶ que mostraron que las series de construcción de algunas ciudades británicas presentaban una evolución diferente, con perfiles muy diversos y escasas sincronías con las fluctuaciones internacionales. Frente a la hipótesis de la economía atlántica pusieron énfasis en el predominio de los factores locales, es decir, en el carácter localmente determinado del mercado de crédito y la construcción en las ciudades durante el siglo XIX, así como en la importancia de la estructura empresarial de la industria de la construcción.

En los años 1970 esos trabajos recibieron nuevo impulso con diversas investigaciones de conjunto⁹⁷, que permitieron disponer de buenas series generales sobre la evolución de la construcción de viviendas a un lado y otro del Atlántico.

Más tarde las investigaciones se extendieron a otros países europeos para comprobar la hipótesis de la existencia de una economía atlántica integrada. En el caso de Italia se ha insistido en la importancia de los factores financieros, especialmente los flujos de capital procedentes de la emigración y las inversiones extranjeras⁹⁸. Respecto a España, se ha investigado la hipótesis de la economía atlántica en Madrid⁹⁹; pero sobre todo han sido importantes los trabajos de Xavier Tafunell sobre Barcelona, realizados en relación con su tesis doctoral y que se han difundido en diversos artículos antes de culminar en su libro¹⁰⁰, en los que ha mostrado la coincidencia de las fluctuaciones en la construcción de viviendas en Barcelona y en las ciudades británicas, con algunas excepciones, especialmente la que se refiere a la década de 1880, en la que se deja sentir en Barcelona el efecto de la Exposición Universal de 1888.

En lo que se refiere a Portugal, la tesis de José Alvaro Ferreira da Silva ha investigado asimismo el tema y ha mostrado que no existe ninguna covariación entre la evolución de la serie lisboeta y la de otras ciudades (ni siquiera Barcelona). Concretamente, «la caída en la construcción residencial que atraviesa el último cuarto del siglo XIX hasta cerca de 1890 y que puede ser vista en la curva correspondiente al índice de construcción en las ciudades británicas, no existe en Lisboa», la cual muestra, en cambio, mayor semejanza con la serie italiana y, sobre

todo, norteamericana. Silva ha puesto énfasis en la importancia de las remesas de dinero de los emigrantes portugueses a Brasil para la construcción residencial en Lisboa y otras ciudades. La demostración de la trascendencia de ello se encuentra en el hecho de que en 1891-92 la caída de los flujos de dinero procedentes de la emigración afectó directamente al mercado inmobiliario lisboeta, lo que ocurre nuevamente en los dos primeros años de la década de 1920. De todas maneras, prudentemente el autor advierte: «si esta covariación es meramente un indicador de mejor salud de la economía portuguesa (...) o si existe de hecho un destino asociado a esas remesas de los inmigrantes en la construcción de viviendas en la ciudad de Lisboa, es algo que deberá quedar por ahora en suspenso»¹⁰¹.

En los años 1980 los geógrafos conocieron y se vieron influidos por los estudios que acabamos de citar. Las investigaciones económicas sobre los ciclos constructivos podían integrarse bien con la tradicional atención a la morfogénesis en el campo de la geografía, y por ello fueron fácilmente incorporados por aquellos que se situaban en la estela de Conzen¹⁰².

La influencia de los trabajos de los historiadores de la economía se refleja en el interés por los ciclos económicos que afectan al desarrollo urbano y por los aspectos económicos que influyen en el uso del suelo¹⁰³. J.W.R. Whitehand y su grupo tuvieron en cuenta no solo los citados trabajos de Conzen, sino también los de los economistas, en especial los que se refieren a la renta del suelo (de gran difusión en la disciplina desde los años 60) y sobre los ciclos económicos y constructivos¹⁰⁴.

La economía de la producción de vivienda

Otra línea que tendría gran influencia en el desarrollo de la morfología urbana fue la que se refiere a la economía de la producción de vivienda. Los economistas han examinado diferentes dimensiones en relación con dicho problema.

Una de ellas es naturalmente el crecimiento de la población. Pronto se advirtió que el ajuste entre la formación de nuevas familias (por nupcialidad o inmigración) y la necesidad de viviendas no es inmediato, ya que la producción de éstas requiere ciertas condiciones (inversiones, adquisición de espacio para edificar, construcción) y tiempo; y por ello puede existir un desafase, a veces de cierto número de años entre la demanda y la producción¹⁰⁵.

Puede admitirse que es posible incluso que ante una demanda importante no exista una respuesta del mercado para producir las viviendas que se necesitan, especialmente en el caso de que se trate de una demanda no solvente. Naturalmente el paso hacia la construcción real de viviendas tiene que ver con las expectativas de beneficio de los promotores de la construcción. Si éstas son bajas o nulas (para venta o para alquiler), simplemente no construyen las viviendas. En esos casos, una parte de la población se aloja en malas condiciones; o bien es entonces el Estado el que debe acudir a resolver el problema: directamente, contruyéndolas, o indirectamente facilitando el crédito o ayudas financieras a los constructores – cuestión que será objeto de atención en un capítulo posterior.

Todo ello conducía a despertar un interés por la estructura de la promoción y de la construcción de viviendas. Por ello la dedicación de los economistas a esos

temas es también antigua, existiendo desde los años 1960 una línea de estudios sobre la economía de la vivienda, que era también alimentada desde la economía urbana general, y más recientemente por investigaciones teóricas sobre el mercado de la vivienda¹⁰⁶.

Características especiales de la industria de la construcción son: el elevado precio del producto final; su durabilidad; el hecho de que la inversión realizada en ella sigue rindiendo beneficios después de muchos años; la necesidad de producir la mercancía en el mismo lugar en que se ha de consumir y su inmovilidad, lo que dispersa la industria de la construcción; el espacio limitado para su producción (en el caso de la vivienda urbana, que tiene unas exigencias de accesibilidad al conjunto de la aglomeración); la existencia de mercados diversos y la heterogeneidad de la vivienda en relación con ello, desde los abrigos someros para pobres a los palacios; finalmente la poca transparencia que caracteriza frecuentemente a este mercado. Al mismo tiempo hay que recordar que la construcción artesanal se ha mantenido hasta hoy y la construcción con medios mecánicos se ha ido difundiendo lentamente, siendo muy reducida la utilización de capital fijo. Aunque desde los años 1920 y 30 existen ya propuestas concretas para la industrialización de la construcción¹⁰⁷, solo a partir de los años 1950 o 60 las grandes empresas constructoras han ido introduciendo esos sistemas de racionalización, que permiten abaratar el coste de la vivienda, adquiriendo por ello grandes ventajas comparativas.

Ya hemos visto que otra característica que pronto se descubrió es la existencia de grandes variaciones en las inversiones en construcción, y la relación estrecha con la coyuntura económica. Es decir, la existencia de ciclos, con fases de crecimiento de la construcción y fases de disminución, lo cual se puso en relación con el mercado de capitales y la coyuntura económica general. Y se vio que esas fluctuaciones modifican las expectativas de los empresarios constructores en cuanto a los beneficios a obtener de su actividad.

En relación con esa evolución apareció igualmente el interés por la estructura de la industria de la construcción desde la perspectiva de la historia empresarial¹⁰⁸. Finalmente, aunque sea de desarrollo más tardío, debe señalarse también el interés de los economistas por el impacto económico de la deterioración del parque construido y el coste de la renovación urbana en sus diversas dimensiones de conservación, mejora y remodelación del espacio construido, con intervención de la iniciativa privada y fuerte impulso y apoyo público¹⁰⁹.

Todos estos desarrollos influyeron ampliamente, como hemos visto en la evolución de los estudios geográficos de morfología urbana.

La morfología urbana desde la historia: historia urbana e historia del arte como urbanismo

A lo largo del siglo XX el interés de los historiadores por la ciudad fue dando lugar al desarrollo de una historia urbana, que ha tenido un espectacular crecimiento a partir de las décadas de 1960 o 70. El interés por la forma urbana fue más temprano e intenso entre los historiadores del arte, especialmente entre aquellos especializados

en la historia de la arquitectura. A partir de todo ello se han ido realizando importantes aportaciones a la historia de la construcción y de la transformación de la morfología urbana¹¹⁰.

Las profundas transformaciones de las grandes capitales atrajeron desde fines del xix el interés de eruditos, intelectuales e historiadores. Caso bien significativo es el de París donde entre 1903 y 1909 Eugéne Hénard publicó sus *Transformations de Paris*. En 1903 el historiador, archivista y bibliotecario Marcel Poëte (1866-1950), inició sus cursos sobre historia de París y en 1907 publica su *Art Urbain*, realiza estudios sobre la evolución del plano y las transformaciones morfológicas de la capital, y organiza la exposición *Evolution de Paris et l'Art Urbain* que tendrá una gran repercusión al coincidir con el despertar de una preocupación por la protección del patrimonio histórico monumental y el debate sobre las normas para su defensa¹¹¹.

Desde los años 1920 existe entre los historiadores europeos una atención a las formas arquitectónicas de las ciudades¹¹². Algunas veces con interés por las relaciones entre la geografía y el arte¹¹³.

A principios del siglo xx en muchos países europeos los historiadores estaban fuertemente vinculados a la geografía, lo que les hacía conocer de forma directa las investigaciones que éstos realizaban; y al mismo tiempo en su aspiración a realizar una «historia total» no podían desconocer el mundo urbano y sus formas. En Francia la revista *Annals. Economies, Sociétés, Civilisations*, tan ligada a la geografía desde su fundación en 1929¹¹⁴ ha prestado siempre amplia atención a los temas urbanos, incluyendo informaciones periódicas sobre el avance de las investigaciones en geografía y en otras ciencias. La atención se dirigió no solo a la evolución histórica de las ciudades, a las instituciones, la población y la sociedad urbana en general, las relaciones campo-ciudad y las monografías urbanas, sino también explícitamente a la «morfología urbana y urbanismo», un tema que se recoge en los índices temáticos de la revista. Los editores han mostrado siempre interés por la espinosa historia de las formas urbanas, donde se enfrentan «las necesidades naturales, los azares o las ambiciones de las decisiones administrativas, y el juego de los intereses de los bienes raíces»¹¹⁵. La vivienda urbana, el planeamiento y el diseño de ciudades, el parcelario y las cuestiones de propiedad urbana, la evolución de barrios o calles, el urbanismo y el poder han sido aspectos abordados repetidamente en las páginas de la revista¹¹⁶. Y no solo en su dimensión histórica pasada sino también con referencia a la evolución más reciente¹¹⁷.

Ese interés por la morfología urbana no es exclusivo de los historiadores de la escuela de los *Annals*. Se encuentra asimismo de forma creciente entre los de otras escuelas y países, como refleja claramente una simple ojeada a las revistas históricas o a los repertorios bibliográficos¹¹⁸.

En Gran Bretaña la elaboración de historias de ciudades concretas influidas por la aspiración a una historia total había ido permitiendo incorporar nuevas facetas al estudio histórico, desde las sociales y económicas a las políticas e iconográficas¹¹⁹. Al mismo tiempo, se desarrollaron también estudios temáticos referentes a todos esos aspectos, especialmente importantes en lo que se refiere a la historia

social y a la historia económica¹²⁰, a la vez que la preocupación por el problema de la vivienda, que se inició en el siglo XIX, daba lugar a comienzos del siglo XX a estudios más generales en los que se ponía énfasis en lo morfológico¹²¹.

Especial importancia tuvo la constitución de varios grupos de estudios sobre historia urbana en diversas universidades británicas¹²², como los de Leicester, en torno a H.J. Dyos, y Glasgow en torno a S.G. Checkland, con fuerte énfasis en la historia económica, y la celebración en 1966 de la primera conferencia de historiadores urbanos, con la participación también de geógrafos, sociólogos y otros especialistas¹²³.

Estos historiadores prestaron gran atención a las ciudades de la edad moderna¹²⁴ y al siglo XVIII¹²⁵. Especialmente importantes para la historia urbana, de forma general, fueron los estudios sobre las ciudades victorianas emprendidos por Asa Briggs y por H.J. Dyos¹²⁶, en un proceso que está en íntima relación con el desarrollo de los estudios de morfología urbana realizados por economistas y geógrafos¹²⁷.

Si la obra de Briggs destacaba las dimensiones sociales y políticas de la ciudad, la de Dyos, debido a su relación personal con la historia económica puso énfasis en la dimensión constructiva. Sus investigaciones sobre los constructores y promotores en la época victoriana le permitieron identificar a los «constructores especulativos» (*speculative builders*), es decir, constructores y promotores inmobiliarios que aunque disponían de escaso capital propio, recurrián esencialmente al crédito para financiar la construcción de edificios que se destinan a la venta, vendiendo los edificios inmediatamente después de su construcción¹²⁸. La marca distintiva del constructor especulador es precisamente «la construcción para la venta, sin un encargo previo o sin que el edificio construido vaya a ser en el futuro una fuente de rendimiento para su promotor». Tanto él como otros autores han considerado que este tipo de constructor pasa a ser ya ampliamente mayoritario en la Gran Bretaña victoriana¹²⁹. Ello supone una fuerte especialización en el sector inmobiliario, a la vez que aparece también una tendencia a la concentración, siendo mayor la actividad de los más grandes. En general las fluctuaciones se amplían con la especialización en el sector inmobiliario. Se vendía para edificios de renta y si había otras alternativas más favorables los inversores iban hacia ellas¹³⁰.

También tuvieron influencia los trabajos de Dyos y de otros historiadores sobre los agentes que producen la ciudad, que incluyen estudios sobre los maestros de obras¹³¹, y sobre los constructores que actuaron en ciudades concretas, contribuyendo de forma destacada a su expansión edilicia¹³². Seguramente esos trabajos permiten entender la obra de Anthony Sutcliffe, que tanta atención ha prestado a las transformaciones de la morfología urbana de París y, posteriormente, de otras metrópolis¹³³.

En Leicester, con fuerte influencia de la obra de Dyos, y del grupo del que formaban parte Derek Fraser, Anthony Sutcliffe, Peter Clark, David Reeder y otros, se inició en 1972 una publicación sobre historia urbana que se convirtió pronto en la revista *Urban History*, una de las más importantes sobre el tema existentes en la actualidad. Tal como ha explicado su actual director, Richard Rodger, la revista trataba de evitar la fragmentación del campo y luchar contra visiones exclusivas y

parciales demasiado influidas por la historia económica. A la vez, ante la «necesidad de desarrollar una identidad en las investigaciones del desarrollo histórico de la ciudad», el grupo, y la revista, extendió su interés a todas las áreas posibles de la ciudad, desde la política urbana y la estructura social a la iconografía y la salud pública, en una especie de versión inglesa de una historia total de la ciudad. El énfasis en la morfología urbana, en la historia del planeamiento y en la historia de la construcción permitía diferenciar el campo de la historia urbana respecto a la historia social, y suscitó las críticas de los sociólogos que muchas veces no han aceptado que la ciudad sea un campo específico de estudio social y rechazan incluso el concepto de urbano y lo que consideran una reificación de la ciudad¹³⁴.

En España desde los años 1970 algunos historiadores se interesaron por la producción de la morfología urbana. Especial importancia tiene la obra de Ramón Grau y Marina López¹³⁵, cuyos estudios sobre los cambios en la Barcelona del siglo XVIII con la utilización de permisos de obras abrieron un camino que tuvo fuerte influencia. Vinculado a ellos, Manuel Arranz abordó el estudio de los profesionales de la construcción en la Barcelona de los siglos XVIII y XIX¹³⁶. En Madrid, Ángel Bahamonde y J. Toro estudiaron desde fines de los 70 la especulación inmobiliaria de la burguesía isabelina¹³⁷.

Al mismo tiempo, han sido numerosas las contribuciones de los historiadores del arte a la historia del urbanismo. En este sentido es preciso señalar, en particular, la obra de Pierre Lavedan, el cual ha dedicado importantes investigaciones al estudio de la historia del urbanismo y al desarrollo de la forma urbana, y que desde su puesto de director del Institut d'Urbanisme de París influyó decisivamente en estas investigaciones, con artículos que se publicaron en *La Vie Urbaine* y de gran repercusión en varias disciplinas y concretamente en la geografía¹³⁸ y trabajos más ambiciosos publicados por el mismo o en colaboración con Jeanne Hugueney¹³⁹. Condujo a la aparición de numerosas obras sobre descripciones de morfologías y clasificación de formas urbanas.

La ciudad no solo contiene los edificios más excelsos de la historia del arte, sino que es en sí misma una obra de arte, especialmente en las ciudades históricas que han sido focos económicos, políticos y culturales. El contraste entre el rico patrimonio histórico de esas ciudades y la pobreza del urbanismo de muchas ciudades industriales de los siglos XIX y XX, la armonía del paisaje de las primeras y la impresión de caos que se tiene muchas veces en las segundas ha generado numerosas inquietudes a las que algunos historiadores del arte han tratado de responder. Reconociendo la relación entre la creación artística y la base económica y la organización social de la ciudad, algunos han llamado la atención sobre la importancia del poder político asentado en una ciudad, ya se trate de la capitalidad de una unidad política de cualquier orden ya de la simple pero eficaz autonomía municipal en el interior de los Estados. La arquitectura y el urbanismo se pueden entender como el reflejo del orden social, y en ese sentido han podido investigarlos algunos historiadores del arte que se han esforzado por desentrañar el sentido de los programas iconológicos que hay detrás de las construcciones urbanas¹⁴⁰. Al mismo tiempo se han desarrollado investigaciones sobre el impacto en la

configuración urbana de las grandes estructuras políticas reflejadas físicamente en complejos arquitectónico-urbanísticos, tales como catedrales, palacios reales, instituciones gubernamentales¹⁴¹.

La huella de Lavedan se ha dejado sentir de forma intensa entre los historiadores franceses y de otros países europeos. En España es importante destacar en ese sentido la figura de Antonio Bonet Correa, autor de una importante obra personal¹⁴² y animador de innumerables investigaciones sobre el tema, en particular en forma de tesis doctorales; fue también el organizador de los dos simposios, *Urbanismo e Historia Urbana* (1978) y *Urbanismo e Historia Urbana en el Mundo Hispano* (1982), celebrados en la Universidad Complutense, que contribuyeron de forma destacada al desarrollo de estos estudios en España. En el mundo iberoamericano la obra de algunos estudiosos¹⁴³ ha permitido conocer el desarrollo de las ciudades de esos países y complementar de forma brillante las perspectivas a veces unilaterales que han dado en ocasiones los historiadores anglosajones, alemanes y franceses.

De gran trascendencia han sido asimismo los estudios realizados sobre los arquitectos, que tuvieron pronto gran repercusión entre los geógrafos interesados por los agentes urbanos¹⁴⁴. También apareció un interés por estudiar las formas edificatorias producidas por grupos de profesionales y corporaciones concretas¹⁴⁵ y, más tarde, por alarifes, maestros de obras¹⁴⁶, y los estudios sobre conflictos entre corporaciones profesionales¹⁴⁷.

La ciudad como monumento o como obra de arte, ha sido un tema recurrente de los historiadores que finalmente ha sido adoptado por arquitectos, por geógrafos y por otros especialistas y sigue dando origen a interesantes análisis¹⁴⁸. En las tres últimas décadas se intenta relacionar las formas resultantes con las condiciones económicas, los valores y las estrategias de los grupos sociales que las han producido y se ha extendido el análisis al conjunto del espacio producido, y no solamente a los edificios considerados monumentales, así como a los programas de embellecimiento urbano, ligados cada vez más, y especialmente en el siglo XIX a los proyectos para educar y regenerar moralmente a los ciudadanos. Al mismo tiempo, la incidencia de los estilos artísticos en la configuración de los paisajes ha dado lugar a sugestivos análisis en el campo de la historia y la geografía¹⁴⁹.

Los arquitectos y el diseño de la ciudad

La morfología urbana ha sido obviamente un tema de interés permanente de los arquitectos, ya que son ellos los que de manera fundamental han contribuido a su construcción y configuración.

Aunque podrían señalarse precedentes anteriores, que se citan en las historias del urbanismo, el interés por la forma urbana adquiere gran fuerza en la primera mitad del XIX con las críticas románticas a la ciudad y luego continúa con el surgimiento de una corriente favorable a la conservación de monumentos que estaban siendo destruidos durante el siglo XIX. A ellos hemos de incorporar los ingenieros. Desde el siglo XVIII los ingenieros militares y luego los ingenieros civiles (o ingenieros de puentes y caminos) como constructores de la ciudad reflexionan

sobre la organización y las formas urbanas¹⁵⁰. La obra de Ildefonso Cerdá puede ser un buen exponente de la contribución de los ingenieros de caminos durante el XIX¹⁵¹; de ella hablaremos repetidamente en esta obra.

A finales del siglo XIX la crítica historicista al urbanismo de la ciudad industrial dio lugar a un interés por los estudios sobre las formas tradicionales de las ciudades con objeto de basar en ellas un diseño que se opusiera a los errores del industrialismo y el positivismo. Las obras de Camilo Sitte y de otros arquitectos de la época contribuyeron de forma importante al desarrollo de los estudios sobre la morfología urbana.

Un buen ejemplo de esta línea de reflexión puede ser la obra del arquitecto alemán Werner Hagemann que en su *The American Vitruvius: an Architect's Handbook of Civic Art* (1922, con Elbert Peets) elaboró un verdadero tratado de morfología urbana al servicio de los arquitectos de su época, plenamente inserto en el clima historicista que dominaba en aquel momento en Europa y Estados Unidos. Su traducción al castellano en 1992 es un reflejo del ambiente nuevamente historicista que domina en las últimas dos décadas.

El objetivo de ese libro era «confeccionar un catálogo, una colección representativa de obras de arte civil», lo cual ayudaría a «diseñar y situar edificaciones aisladas en tanto elementos armónicos del entorno, sea éste un grupo, un conjunto, una calle, una plaza, un parque o, en resumidas cuentas, una ciudad u organismo civil. Para que una construcción aislada, fruto de un diseño riguroso, se saboree en su totalidad, debe formar parte de una ciudad estéticamente viva y no de un caos»¹⁵².

La atención de los arquitectos a las formas y evolución morfológica de las ciudades vino también estimulada por los mismos problemas urbanos y el desarrollo de un fuerte movimiento urbanístico en toda Europa a partir de comienzos del siglo y en especial en la década de 1910 y 1920.

En 1913 se fundó en Gante la Unión Internacional de Ciudades (Union Internationale des Villes), un movimiento asociativo en el que participaban políticos y administradores de la ciudad y que tuvo gran importancia, a través de diversas conferencias que se realizaron en la década de 1910 y 20, que obligaron a los arquitectos a involucrarse en los problemas urbanos.

La primera guerra mundial agravó las dificultades debido a las destrucciones, a las que hubo que prestar atención tras el final del conflicto. Los problemas de la reconstrucción condujeron a la creación de la Conférence Interalliée d'Urbanisme que celebró diversas reuniones (París 1919, Londres 1920).

También van apareciendo centros especializados en los estudios urbanos. En Francia en 1916 se creó el Institut d'Histoire, de Géographie et d'Economie Urbaines de la Ville de Paris. En 1919 se instituyó dentro de él la École des Hautes Études Urbaines, que en 1935 se convertiría en el Institut d'Urbanisme de Paris; ese mismo año empezó a publicar *La Vie urbaine* dirigida, como hemos dicho, por P. Lavedan.

A ello hay que añadir las conferencias internacionales sobre ciudades-jardín, en particular las de 1923 en París, y 1925 en New York. Al mismo tiempo se organizan conferencias más especializadas sobre problemas específicos, como la Conférence des Habitations Bon Marché, que se celebró en Bruselas en 1920.

En ese ambiente no extraña la atención de los arquitectos a las formas y a la evolución morfológica de las ciudades. Un ejemplo de ello puede ser la obra sobre las ciudades españolas y su configuración urbanística del arquitecto Oskar Jürgens *Spanische Städte. Ihre bauliche Entwicklung und Ausgestaltung* (Hamburgo, 1926), que por fin ha sido traducida al español con el título *Ciudades españolas. Su desarrollo y configuración urbanística*¹⁵³. El libro de Jürgens es un estudio detallado de 27 ciudades españolas, en el que se presenta su evolución urbanística y los proyectos de ampliación y reforma, y un análisis de sus características en lo que se refiere a los cascos antiguos y ensanches, a las calles, plazas y jardines, al trazado y a las consecuencias urbanísticas de las murallas, a los rasgos fundamentales del mobiliario urbano, a la parcelación, a las viviendas, y a las consecuencias de los medios de transporte. Su obra está en la línea de las ideas de Sitte sobre el urbanismo y supone un alegato en defensa de los centros históricos de las ciudades españolas, propugnando medidas de protección. Es, de hecho, la primera gran historia del urbanismo publicada sobre las ciudades de este país.

El triunfo del racionalismo hizo disminuir el interés por las formas del pasado, ya que se trataba de diseñar una ciudad totalmente nueva, con materiales y tipologías diferentes. Pero aun así, el desarrollo del campo de la planificación urbana pudo estimular los estudios sobre el crecimiento de las ciudades con el fin de definir pautas acerca de su evolución o evitar «errores» del pasado. Surgieron así desde los años 1930 tratados sobre el planeamiento urbano en los que muchas veces se incorporaban capítulos sobre la historia del urbanismo¹⁵⁴.

Por otra parte, incluso en pleno desarrollo del racionalismo arquitectónico los arquitectos se siguieron preocupando por el estudio de la evolución de las ciudades, lo que mantuvo el interés por la historia urbana, y dio lugar a numerosas aportaciones de carácter general¹⁵⁵, y sobre la historia urbana de diferentes países¹⁵⁶. Entre ellas deben contarse ambiciosos proyectos de sistematización y análisis de la cartografía histórica sobre las ciudades de diversos países¹⁵⁷, y atlas sistemáticos de urbanismo, algo que ha constituido una importante línea de trabajo de estos profesionales¹⁵⁸.

También han podido llegar a la historia urbana arquitectos comprometidos con la salvaguardia y protección del patrimonio arquitectónico. El compromiso de algunos arquitectos con la restauración de monumentos históricos les condujo a estudiar las condiciones históricas de su producción y a la génesis de las formas. Un ejemplo de ello puede ser el de Leopoldo Torres Balbás, restaurador de la Alhambra de Granada y convertido luego en el más importante especialista español sobre las ciudades hispanomusulmanas. De manera similar, la restauración de fortificaciones y el estudio de la ingeniería militar ha podido conducir a interesantes investigaciones de morfología urbana¹⁵⁹. Esa historia urbana desarrollada por arquitectos ha sido muy fructífera y se ha mantenido hasta hoy, haciéndose cada vez más rica¹⁶⁰.

Los organismos administrativos creados para la organización y el planeamiento de las áreas urbanas o de los espacios regionales y locales han podido incidir igualmente en el desarrollo de una línea de trabajos sobre la morfología urbana,

con la participación de arquitectos e ingenieros. En España en el marco del Instituto de Estudios de Administración Local se creó la revista *Ciudad y Territorio*, que permitió disponer de un órgano de gran importancia para la sistematización del conocimiento urbanístico, con estudios que muchas veces han permitido avanzar en el conocimiento de las transformaciones morfológicas y de los procesos. En Barcelona la elaboración del Plan Comarcal de 1953 aglutinó a un conjunto de profesionales que desarrollaron un saber técnico y una conciencia crítica, apoyada por profesores de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura.

La creciente dedicación de los arquitectos a los problemas del desarrollo urbano exigió que en la formación del arquitecto se incorporaran los estudios de urbanismo. Es un proceso que, con los inevitables precedentes, se produce de forma clara durante los años 1960, aunque era todavía incompleto a comienzos de los 70¹⁶¹. En relación con esos estudios se fueron desarrollando en las cátedras de urbanismo, de composición arquitectónica o de historia de la arquitectura estudios cada vez más refinados sobre la morfología urbana, bien como historias del planeamiento o bien, en un enfoque más general, como historias de la forma urbana, ya que se estudian también ciudades que nunca fueron planificadas. Algunos de ellos han tenido especial importancia¹⁶². En la misma línea trabajos centrados sobre países concretos han podido ser asimismo de extraordinario valor¹⁶³. La labor de los Departamentos de Urbanismo y de Historia de la Arquitectura en las Escuelas de Arquitectura ha tenido gran trascendencia en el desarrollo de los estudios sobre la forma urbana. En el caso de España, las de Madrid y Barcelona han tenido un papel especialmente destacado¹⁶⁴. En esta última desde finales de los años 1960 en el marco del curso de Urbanística II Manuel de Solá-Morales elaboró un ambicioso programa de docencia e investigación que tendría amplias repercusiones, no solo en el campo de la práctica arquitectónica y urbanística, sino también en el trabajo de los geógrafos y de otros especialistas¹⁶⁵.

La actividad de estos arquitectos a comienzos de los años 1970 tuvo una decidida voluntad de superar la estricta observación morfo-tipológica y de abrir el análisis urbano a un campo más amplio, incluyendo la economía y la geografía humana, lo que no dejaría de tener repercusiones en esta disciplina. La colaboración interdisciplinaria y ciudadana en la elaboración del PERI del barrio de la Barceloneta¹⁶⁶ constituyó un hito de gran trascendencia, al igual que la participación de algunos de los miembros del grupo en la gestión urbana de Barcelona. Eran unos años de gran efervescencia social, política e intelectual y revistas como *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo* del Colegio de Arquitectos de Cataluña (rebautizada más tarde como *Quaderns d'Arquitectura i Urbanisme*) contribuyeron también a difundir esas preocupaciones.

Hacia una teoría de la forma urbana

En los años finales de la década de 1960 y en los 70 los arquitectos consideraban que la correcta proyección urbanística exigía conocer las causas económicas, sociales y políticas del crecimiento urbano, tanto las estructurales (desequilibrios

regionales y movimientos migratorios, industrialización) como las indirectas, es decir, el mercado del suelo, y las políticas de fomento y planificación, a la vez que debían prestar atención al crecimiento urbano como inversión de capital fijo. Eso les permitía abordar las formas de crecimiento urbano, las relaciones entre los diversos usos del suelo, y la influencia de la accesibilidad. Eran años de fuerte preocupación política y social en los que la difusión de ideas de la sociología marxista llevaba a aceptar que era preciso conocer la estructura social para entender las formas espaciales.

A partir de ahí podían pasar a analizar lo que podría considerarse específicamente arquitectónico. En el programa de Urbanística de 1971 Manuel de Solá-Morales elaboró una teoría de la forma física de la ciudad en la que trató de definir los elementos básicos y los procesos. Los primeros eran las unidades de forma, es decir, los tipos edificatorios, las parcelas, las calles y las infraestructuras; los segundos los diversos mecanismos de actuación, construcción, propiedad, uso y transformación que se producen a lo largo del tiempo. Las diferentes maneras de organizar calles, solares y casas (infraestructuras, parcelas y tipos) son las formas de urbanización, parcelación y edificación que en sus diferentes combinaciones dan lugar a las formas urbanas. El objetivo era formar arquitectos como proyectistas, es decir, como configuradores de las formas de crecimiento urbano, para lo cual había que debatir el problema del «dónde, cuándo y cómo puede el arquitecto hacer ciudad».

En ese programa académico, convertido también en un programa de investigación y de intervención urbana, Manuel de Solá-Morales y los arquitectos del Laboratorio de Urbanismo de Barcelona pusieron énfasis en lo que consideraron las principales tipologías reconocibles: los ensanches, las hileras urbanas, la urbanización marginal, la ciudad jardín, y los polígonos de viviendas. Esas fueron las cuestiones que se convirtieron en temas de investigación del grupo, y que dieron lugar a un importante conjunto de trabajos de indudable interés para todos los especialistas interesados por la morfología de la ciudad¹⁶⁷.

La necesidad de elaborar una metodología del análisis morfológico y un marco teórico general tuvo en Italia un importante desarrollo con las obras de Salvatore Muratori (1910-1973) profesor de Venecia y Roma, y de Gianfranco Caniggia (1933-1987) y sus discípulos¹⁶⁸.

La obra de Caniggia es un esfuerzo de interpretación de la evolución morfológica de las ciudades, intentando desvelar los principios generales de la formación y evolución del tejido urbano. Es bien significativo que una de sus obras más conocidas, la *Composizione architettonica e tipologia edilizia: Lettura dell'edilizia di base* (1979), elaborada con su colaborador Gian Luigi Maffei, se abra con una cita del *Discurso del método* de Descartes sobre las reglas racionales para el análisis, cita que muestra la pretensión de fundar una ciencia de la construcción y las transformaciones históricas del espacio urbano, con una voluntad de basar en ella los principios para una intervención en la ciudad construida y para el diseño urbano en general.

La obra de Caniggia tiene que ver con los debates que a comienzos de los años 70 se realizaban para fundamentar una nueva forma de enseñanza de la arquitectura

y el urbanismo ante la conciencia de una crisis de la composición. Se trataba también de una reacción frente a la forma de proyectar de los arquitectos del movimiento moderno, que preocupados por introducir la nueva arquitectura habían prescindido de las técnicas tradicionales y del tejido históricamente configurado. También contra los arquitectos individualistas preocupados por la obra singular y de valor estético autónomo. Frente a ello Muratori y luego Caniggia insistieron en la importancia de la herencia construida y en la necesidad de entender los mecanismos colectivos de su formación, así como la lógica de los procesos de cambio tradicionales en el conjunto del espacio urbano; se trataría de entender la coherencia de un espacio constituido por el total de la edificación, no solo de los edificios de valor reconocido sino de todos los existentes, desde las viviendas a los especializados.

Caniggia puso énfasis en la continuidad del patrimonio edificado, y en el hecho de que en cada momento histórico los tipos edificatorios heredados y disponibles se convierten en una especie de «conciencia espontánea» que influye de forma intensa en las decisiones de los nuevos constructores: el autor de un edificio sería «solo el vehículo necesario», ya que –escriben– «no es él mismo lo que se representa por medio del objeto, sino la cultura que ha heredado, trasladada y evolucionada (o involucionada) en el objeto directamente, a través de la conciencia espontánea, o indirectamente a través de sus decisiones críticas»¹⁶⁹. El esfuerzo de Caniggia se dirigió a mostrar de qué forma la edificación aparece como determinación histórica (espacio-temporal) del proceso tipológico, y a identificar las matrices elementales y las derivaciones complejas que históricamente se han producido a partir de ellas.

La utilización de la analogía organicista le permite entender la ciudad como un «organismo» resultante de una agregación de unidades elementales que se agrupan en estructuras cada vez más complejas: desde la casa-vivienda y los edificios especializados (formada a su vez por habitaciones y construida por materiales concretos), a sus agrupaciones en manzanas, ciudades y otras estructuras superiores. El análisis parte de las unidades más elementales y analiza posteriormente las formas de crecimiento, agrupación, división, densificación y transformación; también la formación del tejido urbano a partir de vías fundamentales que unen dos puntos («trayectos matriz»), vías secundarias trazadas a partir de éstas para acceso a edificaciones («trayectos de implantación de edificación»), y vías de conexión («trayectos de unión entre trayectos de implantación de edificación»). Considera la manzana como el módulo más visible de la aglomeración urbana aunque estima que el módulo fundamental en la génesis y en el desarrollo de la edificación no es ella sino los trayectos edificados.

Finalmente, trata de llegar a la comprensión global del tejido edificado en escalas cada vez mas amplias que parte de los elementos, y de las agrupaciones de elementos (o edificios) en estructuras y llega a lo que llama «sistemas de estructuras» y «organismos de sistemas», que se extienden al conjunto del territorio.

Si prescindimos de las concesiones terminológicas a las modas del momento, la obra de Caniggia tiene un indudable interés para entender la morfogénesis de las ciudades italianas, a las que se aplicó esencialmente, y ha dado lugar a interesantes

investigaciones por parte de sus discípulos y a estudios de gran utilidad en la remodelación de centros históricos de ese país, empezando por la de Bolonia.

Si la línea de Muratori, Caniggia y sus discípulos es la más directamente volcada en los análisis morfológicos, no hay que olvidar que en los años 70 y 80 otros muchos arquitectos se dedicaron en Italia al estudio de la ciudad, muchas veces desde posiciones críticas, y que su obra ha permitido entender aspectos importantes de los procesos urbanos. Algunos han realizado sus aportaciones desde la misma gestión del urbanismo, mientras que otros han efectuado síntesis que han orientado de forma importante la reflexión urbanística¹⁷⁰.

La crisis del funcionalismo hizo, como hemos visto, que se prestara de nuevo atención a la historia. Muchos arquitectos se volvieron hacia ella y descubrieron, por ejemplo, los trabajos de la Escuela de los *Annals*, y entre ellos la obra de Fernand Braudel que pone de manifiesto la existencia de ritmos diversos en el desarrollo de los acontecimientos (la larga duración, la media y la corta, de los acontecimientos concretos), de lo que realizó una aplicación concreta a la ciudad en su libro *Civilisation materielle et capitalisme* (1967). Eso permitió descubrir que la forma urbana tiene una larga duración y que existen en la ciudad formas y estructuras consistentes que no son afectadas por cambios coyunturales¹⁷¹. Lo que justificaba el campo del diseño urbano como algo específico y válido en sí mismo, para descubrir esas largas duraciones y las fuerzas que las afectan, entre las cuales están las dimensiones culturales y las ambientales, frente a la atención que antes se había prestado a los cambios económicos.

Pero de todas maneras, la evolución hacia unos estudios de urbanismo abiertos hacia las otras disciplinas sociales, elaborados a fines de 1960 y comienzos de los 70, se vio profundamente afectada por la obra de algunos arquitectos que defendieron la autonomía del campo de la proyectación. Especialmente influyente fue la obra del arquitecto italiano Aldo Rossi (†1997), que en su libro *La arquitectura de la ciudad* (1966), pronto traducido al castellano (1971) y a otras lenguas, sostuvo que el arquitecto debe reducir el campo de estudio al mundo de las formas edificadas, a la materialidad de las formas en la ciudad. La forma urbana poseería muchas posibilidades de concreción dentro de un mismo marco socioeconómico; no estaría determinada por la estructura social sino que sería relativamente autónoma, lo que permitiría afirmar un campo de estudio igualmente autónomo para la urbanística, la disciplina que abordaría los procesos, leyes y formación del espacio urbano. Rossi rechazó la arquitectura racionalista por su incapacidad para comprender la complejidad de la ciudad y la persistencia de ciertas formas que contribuyen a configurar el lugar. En este sentido su obra puede relacionarse con la geografía urbana desarrollada dentro del paradigma regional, y en particular con la obra de Georges Chabot, una geografía que conduce a la atención por los lugares específicos y por la historia. La influencia fue muy fuerte en Europa en los 70 y algo más tarde en Estados Unidos, donde su libro citado sería traducido en 1982.

En la segunda mitad de la década de 1970 y en la siguiente, en un contexto de detención del crecimiento urbano y de redescubrimiento de la vivienda construida

y que era necesario conservar, la atención de los arquitectos se dirigió al centro urbano¹⁷², lo que les llevó de nuevo a las formas y a los valores de la ciudad tradicional. En Europa el Movimiento para la Reconstrucción de la Ciudad Europea (impulsado por arquitectos como Leon Krier, Robert Delevoy, Anthony Vidler y otros) puso crecientemente el acento en la crítica al urbanismo y la arquitectura racionalista, y en la necesidad de preservar los centros tradicionales¹⁷³. Hay un rechazo a la manera como los arquitectos racionalistas habían destruido o desvalorizado la ciudad y el paisaje tradicional, y un deseo de vuelta atrás¹⁷⁴. Eso suponía el redescubrimiento de Camilo Sitte y un nuevo interés por las técnicas tradicionales de construcción, por los paisajes preindustriales. Frente a la ciudad como máquina¹⁷⁵, la ciudad que crece lentamente, de forma «orgánica» y natural. Frente a la arquitectura uniforme y al urbanismo con soluciones homogéneas para todos los lugares, atención ahora a la historia, el sentido del lugar y la cultura de cada sociedad concreta.

De todo ello, como fácilmente se comprende, solo había un paso para el enfasis en los estudios de historia urbana con especial atención a la evolución de la morfología, a la ciudad preindustrial y a los valores percibidos por la población. La historia urbana hace posible ahora obtener datos que permiten un mejor diseño de la ciudad, de la misma manera que los arquitectos postmodernos estaban redescubriendo los estilos históricos, la arquitectura neoclásica y el monumentalismo barroco.

Los cambios que se han producido desde los años 1970 se reflejan en la presentación que ha hecho Manuel de Solá-Morales de la reedición del mismo programa de Urbanística antes citado. Veinte años más tarde ha pasado a defender una cierta autonomía del proceso urbanizador (formal, de iniciativa, económico, local y geográfico), y la necesidad que tienen los arquitectos de profundizar disciplinaria y profesionalmente en el estudio de estos procesos. Lo que implica, dice Solá-Morales «colocar las políticas de fomento, el planamiento y el mercado del suelo como causas inmediatas del crecimiento, pero no como parte del urbanismo»; concretamente, «el interés del beneficio privado así como la utilidad del control público serían ahora en sí mismos factores externos que no llegarían a orientar de forma decisiva la lógica proyectual del crecimiento urbano, aunque puedan producir distorsiones en ella»¹⁷⁶.

Los nuevos retos que aparecen ante el arquitecto y urbanista de los 90 serían en este momento –tal como señala el mismo Solá-Morales en la reedición del citado programa de 1970–: el reconocimiento de una ‘nueva parcelación de acuerdo con las formas actuales de promoción, el estudio del ‘orden abierto’ derivado del movimiento moderno como mecanismo compositivo casi inexplorado; la tendencia dominante hacia el gran edificio aislado como tipo casi obligado; el interés proyectual del diseño arquitectónico de las grandes infraestructuras y de las construcciones de servicio. Esos serían los temas críticos del urbanismo actual.

Las repercusiones de estos planteamientos fueron numerosas, en España y fuera de aquí, sobre todo porque delimitaba y circunscribía las tareas y la reflexión del arquitecto. Pero las tesis de la autonomía de lo morfológico recibieron también

críticas, por «su fragilidad o endeblez conceptual y teórica»¹⁷⁷, por perder de vista el problema del diseño general de la ciudad y, en algunos casos, por el carácter neutro y poco comprometido que se quiere dar al trabajo del arquitecto.

Naturalmente, esos debates han podido afectar a la dedicación del arquitecto a las investigaciones sobre morfología urbana a la escala del conjunto de la ciudad, y a la atención prestada a los procesos económicos y sociales como determinantes de la forma urbana, pero han permitido análisis mucho más refinados sobre los edificios y la escala más inmediata en que se sitúan, y una más profunda comprensión de los valores culturales y estilísticos que influyen en el diseño arquitectónico.

De todas maneras, el esfuerzo para elaborar una teoría rigurosa de la forma urbana ha tenido recientemente una aportación fundamental en España en la obra de Javier García-Bellido, el cual ha tratado de fundamentar una ciencia del urbanismo, la Coranomía, basada en proposiciones lógicas que permitan establecer los principios de la organización desde la célula más elemental de la vivienda hasta el conjunto de la ciudad y el territorio regional¹⁷⁸.

La percepción de la imagen urbana y los estudios morfológicos

Como estamos viendo, los estudios de morfología urbana se han beneficiado en los tres últimos decenios de las aportaciones realizadas desde diferentes disciplinas. A las ya citadas podríamos añadir otras que, en principio podrían parecer alejadas. Como la historia del derecho urbanístico que reconstruye la génesis y evolución del marco legal en el que se realiza el planeamiento urbano¹⁷⁹. Pero en los últimos años ha sido especialmente fuerte el impacto de los estudios sobre percepción de la forma urbana.

La aparición de la obra de Kevin Lynch sobre *La imagen de la ciudad* (1962) representó un verdadero hito en los estudios urbanos¹⁸⁰, abriendo una línea de investigación que ha sido luego muy fructífera. A partir de ahí no solo la imagen, la percepción, los elementos simbólicos que configuran los paisajes urbanos, así como estos mismos como áreas de intervención se convirtieron en temas de estudio¹⁸¹. Paralelamente, la creciente atención a los temas medioambientales conducía también de forma convergente hacia el paisaje.

Desde los años 1970 se fueron constituyendo numerosos grupos para el estudio del paisaje a diferentes escalas, desde la de un patio o jardín particular a la escala regional, y todas las intermedias. Las propuestas de estudios de arquitectura incluían desde el jardín, los parques urbanos y el paisaje de los edificios de viviendas, hasta la ingeniería de los paisajes regionales. Un estudio necesariamente integrado, porque como se dice en uno de los más tempranos –el de M. Laurie– «el paisaje es un reflejo de los sistemas climáticos, naturales y sociales» y la arquitectura paisajista «atiende a la planificación y diseño del suelo y el agua, a fin de que la sociedad extraiga provecho a partir de la comprensión de estos sistemas»¹⁸².

En relación con esa evolución se constituyó en Estados Unidos la American Society of Landscape Architects. Se organizaron también cursos de Landscape

Studies en las escuelas de arquitectura, departamentos de Landscape Architecture y (por ejemplo en Berkeley) de Environmental Design¹⁸³. Y también en España, aunque más tardíamente, las escuelas de arquitectura están impulsando la creación de estos estudios.

La introducción de los estudios de paisaje trastornó la docencia del urbanismo. Al decir de un prestigioso maestro del urbanismo español, «el nuevo nombre del urbanismo es paisajismo», lo cual significa «la forma del entorno, del medio ambiente, que solo se percibe con el uso de los sentidos, de la sensibilidad»¹⁸⁴.

También desde la sociología y la antropología apareció un interés por el paisaje. En el campo de la sociología, es significativa la formación del Sociology and Environment Study Group de la British Sociological Association, con interés por los aspectos paisajísticos y por la ordenación y cambio del paisaje.

Existen en todo ello movimientos paralelos y convergencias disciplinarias. El análisis de las percepciones y gustos de los decisores se convirtió en un tema de gran importancia. Los geógrafos han insistido asimismo en que de hecho la evolución del tejido urbano es –como hemos visto– una consecuencia de las decisiones que adoptan los agentes urbanos, es decir, los propietarios, los promotores, los constructores, y los mismos gestores públicos, que actúan a diferentes escalas. El análisis del proceso decisorio puede hacerse a partir de enfoques conductistas, y en ellos las motivaciones, las imágenes y percepciones tienen un gran papel¹⁸⁵. En los estudios sobre conservación del paisaje debe hacerse sin duda un análisis particular de las percepciones diferentes del paisaje que poseen los miembros de la administración pública, los gestores y en general aquellos que tienen interés profesional en los paisajes o pueden tomar decisiones sobre ellos.

Las preocupaciones sobre el paisaje en el campo de la arquitectura resultaron estimuladas igualmente por las preocupaciones de carácter medioambiental. Entre ellas la que descubría la importancia del medio ambiente y deseaba diseñar con la naturaleza, especialmente a partir de la publicación del libro de Ian McHarg *Design with Nature* (1969), apoyada por la influyente voz de Lewis Mumford, que prologó este libro.

Toda esa evolución ha tenido también un profundo impacto en la enseñanza del urbanismo, dando lugar a un nuevo desarrollo en el que el diseño está cada vez más atento a las preocupaciones medioambientalistas. Si para unos, ya lo hemos visto, el nuevo nombre de urbanismo es el de paisajismo, para otros el futuro de esta especialidad tiene otro nombre, medioambientalismo¹⁸⁶. En realidad, unos y otros arquitectos se refieren a lo mismo, o algo muy próximo, a la necesidad de planificar respetando en lo posible a la naturaleza, sin distorsionarla gravemente, y superando el limitado espacio urbano o suburbano para realizar una ordenación territorial más amplia, de todo el territorio, tanto del suelo urbanizable como del no urbanizable que se reserva para el disfrute de los ciudadanos. Una evolución que también se percibe en el campo de la ingeniería, donde empiezan a aparecer asimismo obras sobre el paisaje construido y aproximaciones a la noción de lugar, tomada directamente de la evolución reciente de la geografía¹⁸⁷. Lo que no solamente refleja una nueva conciencia ambiental y ecológica de arquitectos e

ingenieros sino que tiene que ver también con preocupaciones por las salidas profesionales, y con estrategias corporativas que tratan de ampliar el campo de actividad.

En esa preocupación por el paisaje y el medioambiente los arquitectos se ven acompañados por los geógrafos, que pueden encontrar fuera de la disciplina temas que han sido tradicionales en ella. En lo que se refiere al paisaje, ya lo hemos visto, desde el mismo comienzo del siglo XX, y más cercanamente desde el descubrimiento del amplio campo de la percepción y la atención a la imagen y la composición de los paisajes, desde la perspectiva de que «para percibir un paisaje es preciso componerlo»¹⁸⁸. Los estudios de percepción del paisaje son de larga tradición en geografía, y han dado lugar a valiosas aportaciones. Esa dimensión medioambiental también daba lugar paralelamente en geografía a una línea paisajista, sobre estudios integrados de paisaje, de gran influencia entre los geógrafos físicos¹⁸⁹.

El gusto por lo nuevo y lo moderno puede estar culturalmente configurado. Los estudios de David Lowenthal sobre los gustos norteamericanos y británicos acerca del paisaje han mostrado las profundas diferencias que existen entre unos y otros. Los británicos valoran lo viejo, histórico y singular, mientras los norteamericanos prefieren lo nuevo y moderno, lo que Lowenthal relaciona con lo que él llama «featurism», el deseo de que las estructuras nuevas sean diferentes a las que existen y más destacadas¹⁹⁰.

Se ha desarrollado a la vez un gran interés por los aspectos simbólicos del paisaje, por el consumo simbólico del espacio, reflejado, entre otros, en las investigaciones de Denis Cosgrove¹⁹¹. La importancia de todo lo que no es visible en el espacio urbano, pero forma parte de los significados que se aprehenden viviendo llega a los científicos sociales desde diversos horizontes, incluyendo el literario¹⁹².

La comercialización y la mercadotecnia urbana elabora imágenes atractivas sobre los territorios, incluyendo espacios urbanos concretos y, de alguna manera, manipula las representaciones que los habitantes se hacen del espacio. Las conmemoraciones históricas pueden aprovecharse para la creación de símbolos espaciales¹⁹³.

A lo largo del siglo XX, y especialmente en el último medio siglo la arquitectura y el urbanismo han seguido una evolución paralela a la de las ciencias sociales. Ya en los años 1980 la crisis de la arquitectura racionalista pudo ser lúcidamente percibida por un arquitecto español de forma similar a como se interpretaba en las ciencias sociales el cambio desde las posiciones neopositivistas a las críticas y humanistas¹⁹⁴. Pero si se sigue la bibliografía reciente sobre la arquitectura y el urbanismo postmodernos queda uno sorprendido por la utilización de los mismos conceptos y marcos teóricos que se han desarrollado en las ciencias sociales, y muchas veces a partir de ellas; una reciente antología de la teoría arquitectónica entre 1965 y 1995¹⁹⁵ incluye artículos sobre la crisis de los paradigmas, la semiótica, el historicismo, la deconstrucción, los problemas éticos y políticos, la fenomenología, el sentido del lugar, el nuevo regionalismo, la cultura local, el feminismo, el problema del cuerpo, lo sublime; sin duda –y como en las ciencias sociales– una angustiada y no siempre bien orientada búsqueda de nuevos caminos que se inició

hacia 1970 con la crisis del movimiento moderno y que ha conducido a posiciones pluralistas apoyadas en una inquieta mirada hacia otras disciplinas. No extraña por ello que en esa búsqueda de nuevos caminos la arquitectura actual encuentre inspiración incluso en teorías abstractas como las de Jacques Derrida sobre la deconstrucción. La aplicación de esas ideas al análisis de los textos arquitectónicos y de los programas urbanísticos conduce finalmente a la deconstrucción de las mismas estructuras constructivas, y a la aparición de una arquitectura «de la disruptión, dislocación y distorsión», que «desplaza las estructuras en lugar de destruirlas», una arquitectura que inquieta porque «pone en cuestión nuestro sentido de la estabilidad, coherencia e identidad que está asociada a la forma pura»¹⁹⁶. Los edificios de Frank Gehry (como el Museo Guggenheim de Bilbao o el Experience Music Project de Seattle) o los de Miralles pueden ser ejemplos de esta arquitectura postmoderna que está dejando ya huellas en el espacio urbano, sobre todo en la edificación de equipamientos públicos. Está por ver lo que esas tendencias deconstructivas, que valora lo aparentemente inestable, que reacciona contra los estándares y que se utiliza como un método provocativo que ayuda a explorar nuevos caminos, va a producir desde el punto de vista de una teoría urbana. Aunque ya se pueden adivinar determinadas líneas en las caracterizaciones que se hacen de lo que algunos llaman ya la post-ciudad, «expresión máxima de la libertad de cambio, donde se celebra la apoteosis de las posibilidades múltiples, que no alcanza nunca forma definitiva, en la que nada es estático y permanente»¹⁹⁷.

UN NUEVO CAMPO INTERDISCIPLINARIO

El estudio de la morfología urbana se ha ido convirtiendo en un nuevo campo interdisciplinario, que algunos intentan coordinar o controlar desde diferentes tradiciones disciplinarias o poniendo énfasis en la convergencia y la hibridación.

En esta última dirección se encuentra la fundación en 1996 del Seminario Internacional de la Forma Urbana, que intenta aglutinar las investigaciones de diferentes grupos de investigadores: geógrafos británicos y norteamericanos ligados a las tradiciones de Conzen y Whitehand, arquitectos italianos relacionados con la línea de Muratori y Caniggia, y arquitectos franceses de la Escuela de Arquitectura de Versalles (Philippe Panerai y Jean Castex)¹⁹⁸.

La larga y rica evolución histórica que hemos tratado de sistematizar y simplificar en las páginas anteriores ha permitido que se introduzcan nuevos temas en los estudios morfológicos. Entre las que hoy se desarrollan por los miembros del Urban Morphology Group, que se ha extendido desde el núcleo originario de Birmingham a otros países, se encuentran las relaciones entre formas urbanas y las prescripciones que se refieren a la gestión del paisaje. Los aspectos principales son: los cambios físicos en las áreas residenciales de baja densidad, los cambios físicos detallados de casas individuales, incluyendo los cambios internos, el examen de las actitudes de los residentes de una ciudad ante los procesos de planificación de sus áreas locales.

Un problema importante es el de la base teórica de estos estudios, para lo que se han realizado diversas propuestas¹⁹⁹. El estudio de la morfología urbana posee hoy nuevas posibilidades con la generalización de los Sistemas de Información Geográfica, y especialmente con la posibilidad de utilizar y manejar datos de carácter catastral a la escala del edificio y de la parcela. Datos que hasta ahora eran muchas veces inexistentes o estaban reservados a su uso limitado por planificadores y gestores públicos o a promotores privados. La disponibilidad de esas bases de datos para su uso por los investigadores y la posibilidad de utilizar poderosos programas de tratamiento de la información abre sin duda vías nuevas para la elaboración de una cartografía rigurosa a diferentes escalas y exige la elaboración de marcos teóricos que permitan interpretar todo ese cúmulo de información.

Más recientemente la creación de revistas interdisciplinarias se convierte en nuevos estímulos para la convergencia. En España la fundación de *Historia Urbana. Revista de Historia de las Ideas y de las Transformaciones Urbanas* ha constituido un intento de integrar a especialistas de diversa procedencia, en el desarrollo de ese campo²⁰⁰. Al mismo tiempo, la morfología urbana adquiere una gran importancia en la didáctica de las ciencias sociales y en la formación del ciudadano, proliferando la aparición de guías e itinerarios urbanos²⁰¹.

Se rechazan ahora conceptos que habían sido importantes en años anteriores. Así Oriol Bohigas aludiendo a los problemas de la ciudad (la vialidad, el patrimonio, la vivienda, los servicios, los parques) estimaba en 1986 que los profesionales y políticos no deberían entenderlos como problemas autónomos sino que deberían considerar la ciudad «como un organismo donde cada elemento no se integra en un sistema, sino en una realidad global»²⁰².

El problema, tanto en este caso de intervención como en las investigaciones científicas, es el establecimiento de modelos generales que trasciendan la singularidad de cada ciudad con sus peculiaridades históricas y sociales²⁰³.

La actual etapa con énfasis en la conservación de ambientes históricos y el mantenimiento y recuperación de los viejos centros históricos de las ciudades supone nuevos retos. En esta nueva etapa –nueva respecto a la desvalorización de la historia durante el dominio de las propuestas racionalistas y funcionalistas– se presta atención a la ciudad como producto histórico y producto cultural. Se pone énfasis de nuevo en la complejidad y en la singularidad de la ciudad, expresado a veces por lo pintoresco, al paisaje específico de cada ciudad, y se insiste en la importancia de la investigación participante y de la experiencia urbana.

NOTAS AL CAPÍTULO 1

- 1 H. Capel. *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, 1981, cap. XI.
- 2 Tal como lo expresó por ejemplo Raoul Blanchard en su tesis doctoral sobre Grenoble (1911) y de forma más general en un influyente artículo de 1928.
- 3 Idea que creo que fue expresada por primera vez en el coloquio del Urban History Group, celebrado en 1966, y concretamente en los trabajos del medievalista G.H. Martin (1968) y otros participantes (Dyos 1968); luego ha sido repetida multitud de veces; por ejemplo por Choay 1972, y por Toffin 1991.
- 4 Ver sobre ello Ley 1988. Para el estudio de esos signos que hay en el paisaje puede ser de interés la aproximación de la iconología y de la semiología; pueden verse referencias en Capel 1973. Véase también Barthes 1970, Choay 1972 y King 1991.
- 5 Véase el capítulo dedicado a los edificios industriales en el vol. II de esta misma obra.
- 6 De las que nos dan datos concretos las historias del urbanismo. Por ejemplo, Morris 1973 págs. 19-20, y pág. 22, Erbil (antigua Arbela).
- 7 Abad y Aranegui 1993; Martín-Bueno 1993, págs. 113 y 114; Álvarez Martínez 1993, pág. 152; Granados 1989; otros ejemplos en el capítulo 3.
- 8 Sobre la reconstrucción de Varsovia, para la que se utilizaron viejos planos, documentos catastrales, fotografías y hasta cuadros de Canaletto, véase Volle 1971.
- 9 Otto Schlueter. «Ueber den Grundriss der Städte». *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zur Berlin*, XXIV, 1899, p. 446-462; y Otto Schlueter. «Bemerkungen zur Siedlungskunde». *Geographische Zeitschrift*, V, 1899, p. 65-84.
- 10 Arntz 1998.
- 11 Como el de E. Oberhummer. «Der Stadtplan. Seine entwicklung und geographische Bedeutung», *Verhandl. des 16 deutschen geographer Tages*, 1907.
- 12 Su primer trabajo es éste: H. Hassinger. *Kunsthistorischer Plan des I Berziks der Stadt Wien*, escala 1:10.000, Viena 1912; H. Hassinger. *Kunsthistorischer Uebersichtsplan von Wien*, escala 1: 25.000, Viena 1915; H. Hassinger. «Karttographische Aufnahme des Wiener Stadtgebildes». *Mitt. der K.K. Ges. Wien*, Band 58, 1915; H. Hassinger. *Kunsthistorischer Atlas von Wien, Oster, Kunsttopographie*, Band 15, Viena 1916.
- 13 E.J. Siedler. *Märkischer Städtebau im Mittelalter*, Berlin, 1914.
- 14 W. Geisler. *Danzing. Ein Seidlungsgographischer Versuch*, Halle-Wittenberg, 1918; y W. Geisler. *Die Weichsellandschaft von Thorn bis Danzing*, Hamburg, 1922.
- 15 W. Geisler. *Die Deutsche Stadt Ein Beitrag zur Morphologie der Kulturlandschaft*. *Forschungen zu deutschen Land und Völkerkunde*, Stuttgart, 1924.
- 16 Trabajos sobre mercados, de Siedler, ya citado; sobre ciudades del norte de Alemania de Fr. Meurer 1914; de ciudades de Bohemia por A. Honig (Praga, 1921); de ciudades de Alemania meridional por Ch. Klaiber (Berlin, 1921) y otras (citadas en Dickinson, 1959, pág. 22). Geisler distinguió entre dos tipos de casas que aparecen ya en la época medieval, una correspondiente a las ciudades del norte de Alemania, la *Gabelhaus*, de varios pisos y con estrecho frente a la calle, y la *Traufenhaus*, más típica del sur, y adaptadas de forma general a partir del siglo XVI, por necesidades de espacio y protección contra incendios. Durante el barroco se difundió la casa con un plano rectangular y con techo de mansardas.
- 17 Tal como hizo por ejemplo R. Martiny. «Grundrissgestaltung der deutschen Siedlungen». *Petermanns Mitteilungen*, Serie complementaria, nº 197, 1928.
- 18 Tal como aparece en el trabajo sobre Breslau de E. Müller. «Die Alstadt von Breslau: City Bildung und Physiognomie». *Veröff der Schlessischen Gesellschaft für Erkunde*. Breslau, 1931.

- 19 Entre los que puede destacarse el de P.J. Meier. «Niedersächsischer Städteatlas: die Braunschweigischer Staädte». *Veröff d. Hist. Kom. f. Niedersachsen*, Abteilung I (1926) und 2 (1933). Un panorama general del significado de los estudios morfológicos durante las tres primeras décadas del siglo en H. Bobek 1927.
- 20 Jessen 1947.
- 21 Como aparece, por ejemplo, en la obra de Gabriele Schwarz 1959.
- 22 Capel. *Filosofía y ciencia...*, 1981, págs. 345-358.
- 23 Dion 1934; Juillard y otros 1957; Bloch 1962, ed. 1978; Meynier 1966; Paesaggi 1973.
- 24 H. de Martonne. «Buenos Aires». *Annales de Géographie*, XLIV, 1935, p. 281-304; M. Clerget. *Le Caire: Étude de géographie urbaine et d'histoire économique*. Paris, 1934, 2 vols.; Blanchard, 1947.
- 25 Como le sucede a Raoul Blanchard cuando al estudiar Montreal se queja de la fealdad de las viviendas victorianas resultado de «un gusto británico pervertido por un transplante a América», Blanchard 1947, ed. 1992, pág. 235.
- 26 Sorre 1947-48, II, 1952, pág. 260.
- 27 Demangeon (1942) 1956, Meynier (1958) 1968, Lebeau (1969).
- 28 Tricart 1954.
- 29 Entre ellos, George 1958 y 1960.
- 30 George (1961) 1964, pág. 79.
- 31 Un panorama general en A. Meynier 1969.
- 32 Rimbert 1973, pág. 6.
- 33 Entre los cuales se acostumbra a citar el de S.J. Low: «The rise of the suburbs». *Contemporary Review*, 1891.
- 34 Platt 1959.
- 35 Fleure 1920.
- 36 Dickinson 1951.
- 37 Dickinson 1948, en 1959, pág. 21.
- 38 Smailes, *The Geography of Towns* (1953; 5^a ed. 1966); «Some reflections on the geographical description and analysis of townscapes». *Transactions and Papers*, 1955; y en especial «The site, growth and changing face of London». In R. Clayton (ed.). *The Geography of Greater London*, 1964.
- 39 Johnson, 1974, cap. 2 «Sociedad y forma urbana», págs. 41 y ss. Sobre este tema pueden verse también los estudios generales del Institute of British Geographers sobre la evolución de la geografía británica.
- 40 Urabayen 1947, pág. 3.
- 41 Urabayen 1947, pág. 96.
- 42 Urabayen 1946.
- 43 J.M. Casas Torres. *Esquema de la Geografía urbana de Jaca*, 1946.
- 44 M. de Terán. «Calatayud, Daroca y Albaracín», 1942; M. de Terán. Siguenza, 1946.
- 45 Bosque 1962; reedición de 1988 con un estudio introductorio de Horacio Capel sobre el significado de esa obra en la geografía española.
- 46 M. de Terán. *Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo*, 1961.
- 47 Ver Wagner y Mikesell 1962
- 48 Stanislawski 1946; reproducido en Theodorson 1974, I.
- 49 Dickinson 1945 y 1948. Otros trabajos interesantes que pueden destacarse son los de Leighley (1928 y 1939), los de algunas monografías sobre ciudades escandinavas (años 1928 y 1939) cits. por Vilagrassa 1991 y por Dickinson 1948, en 1959, nota 34.
- 50 Como, a título de ejemplo, los siguientes: Trewartha 1934, Wittlesey 1937, Zierer 1941 y Spate 1942.
- 51 Véase las actas del Coloquio en Norborg (1962) y el artículo de Conzen incluido en dicha obra.
- 52 Así se ve por ejemplo en el texto de Garner (1967) y en la obra de B.J.L. Berry y Frank E. Horton: *Geographic perspectives on urban systems* (1970), cuyo capítulo 12, dedicado a «Internal structure: Physical space», se ocupa esencialmente de los usos del suelo y del funcionamiento del mercado del suelo urbano.
- 53 Capel 1974 («De las funciones urbanas a las dimensiones básicas de los sistemas urbanos»).
- 54 El primer ejemplo de un estudio de ecología factorial realizado en España fue el de Fernando Fernández, en su tesis

- doctoral sobre Granada, 1976. Un ejemplo de aplicación del análisis factorial publicado en una revista geográfica española, aunque por un arquitecto, en Solá-Morales 1971.
- 55 Kansky 1962, Hagget (1965) 1976, cap. «Redes», y Haggett & Chorley 1969.
- 56 En su manual de 1972 (2^a ed. 1983) Harold Carter se hizo eco de esas posibilidades que se venían desarrollando en relación con la geografía cuantitativa (Carter, ed. 1983, págs. 230-233), y cita los trabajos de Openshaw 1974, y otros en relación con la segunda posibilidad, pero estimó que no ofrecían resultados interesantes.
- 57 Openshaw 1974, pág. 19.
- 58 Conzen 1958.
- 59 Conzen 1960.
- 60 Conzen 1962, 1966, 1975 y 1988.
- 61 M.R.G. Conzen 1968.
- 62 Así se dijo en la discusión subsiguiente por Dyos (1968, págs. 146-153) y por el mismo H.J. Dyos y S.G. Checkland, autores respectivamente del estudio introductorio y de la conclusión.
- 63 Carter 1970.
- 64 Carter 1972, 2^a ed. 1983.
- 65 Carter ed. 1983, pág. 208, cursivas añadidas.
- 66 Así se deduce de los cálculos de Whitehand 1986 sobre los estudios acerca de la estructura urbana interna de las ciudades en diferentes revistas geográficas entre 1982-83 y 1984-85, los estudios de morfología representaban el 33 % en las revistas alemanas, el 10 % en las de lengua inglesa y el 5 % en las francesas; pero los porcentajes eran en realidad mayores ya que en estas últimas algunos trabajos de carácter morfológico se incluían en las rúbricas «inner city», «retailing» y «residential segregation». Según el mismo trabajo la morfología en aquellos años era tema preferente de dos revistas internacionales: *Canadian Geography* y *Geographical Review*.
- 67 Como muestran, por ejemplo, los trabajos de M. Roncayolo 1983, o el coloquio organizado por Paul Claval 1986.
- 68 La línea de trabajos del profesor Jesús García Fernández sobre paisaje agrario y urbano tuvo una magnífica continuidad con los de F. Molinero y otros geógrafos de la Universidad de Valladolid.
- 69 Olives Puig 1968, Mercedes Tatjer 1973 y 1988, Capel 1975, Olivé 1974, Alió Torres 1986, López Sánchez 1986.
- 70 Como hizo el mismo Ley en 1988, aludiendo al *urban managerialism*.
- 71 Puedo recordar un dato concreto: mi artículo «Agentes y estrategias en la producción del espacio urbano» (1974) y el libro *Capitalismo y morfología urbana en España* (1975) estuvieron influidos por la lectura del valioso trabajo de dos economistas Carme Massana y Francesc Roca «Estratègies urbanes i realitat urbana a la regió de Barcelona», el primero que planteó en España el tema en esos términos de estrategia de los agentes urbanos, tal como señalé explícitamente en aquel momento.
- 72 Por ejemplo Capel 1974 y 1975, cits. en nota anterior.
- 73 Por ejemplo en la 2^a ed. del manual de Carter 1983; en Ley (cap. 9 «Power and Politics in urban land use») en donde se afirma que «los usos del suelo son una realidad negociada y socialmente construida, y su forma no es azarosa ni inevitable» (pág. 282); en diversos trabajos de Paccione, y en otros autores. También se prestó atención a los constructores de la forma urbana, tanto individuales como actuando corporativamente (por ejemplo, Knox 1984, 1987).
- 74 Sería el caso en España de historiadores como Antonio Bonet Correa o Ramón Grau, este último convertido también durante un tiempo en geógrafo y profesor de geografía humana en la Universidad de Barcelona.
- 75 Podemos citar aquí, además de los trabajos de Ramón Grau, a los que hemos aludido antes, los de Mercedes Tatjer (1973, 1978, 1986) o Angels Alió (1984), en Barcelona; los de Rafael Mas (1978, 1979, 1980 etc.) en Madrid, y otros que iremos citando ampliamente en este libro.

- 76 Whitehand 1977.
- 77 Véanse los diversos artículos de J.W.R. Whitehand citados en la bibliografía, y realizados a partir de 1983. Algunos de ellos fueron incluidos luego en obras posteriores, como el de Whitehand, J.W.R. y Whitehand, S.M., 1984, incluido en *Making of the Urban Landscapes* (1992) como capítulo 2.
- 78 En estos dos libros: *Rebuilding Town Centres: Developers, Architects and Styles* (Whitehand 1987) y *The Making of the Urban Landscape* (Whitehand, 1992). Un historia parcial de la evolución de los estudios de morfología urbana hasta comienzos de los 80 puede verse en Whitehand, *Background to the urban morphogenetic tradition* (1983).
- 79 Una enumeración de ellos en Whitehand, 1992, *The Making*, pág. viii, con la bibliografía completa de Whitehand y otros; véase también Vilagrassa 1992. Una página Web permite tener noticia de los trabajos del «Urban Morphology Group» en la Universidad de Birmingham y del avance de sus investigaciones: <http://www.ub.bham.ac.uk/geography/umrg/umrg.html>.
- 80 Algunos autores anglosajones siguiendo el trabajo de Paul Knox 1984.
- 81 Harvey, ed. 1999.
- 82 Así ocurrió en Alemania, donde la tradición morfológica nunca se interrumpió del todo, pero quedó muy eclipsada durante las décadas de 1970 y de 1980, situándose en los márgenes de la disciplina, Arntz 1998.
- 83 Capel, *Geografía humana y ciencias sociales* 1987, págs. 42 ss.
- 84 Esos son los temas de una serie de artículos incluidos en la obra editada por Victor Karody con el título *Classes sociales et morphologie*, (Halbwachs 1972): «La politique foncière des municipalités», 1908; «Les expropriations et les prix des terrains à Paris, 1869-1900», 1909; «Les plans d'extension et d'aménagement de Paris avant le xixe siècle», 1920; «La population et les tracés des voies à Paris depuis cent ans», 1928.
- 85 Título de un artículo de Robert E. Park publicado en 1915 en el *American Journal of Sociology*, e incluido más tarde en *The City* (1925); reproducido en Park, 1999.
- 86 Park 1915, ed. 1999, pág. 52.
- 87 Burgess ed. 1974, esquema en pág. 76.
- 88 Por ejemplo, en el trabajo de Maurice R. Davie «El modelo de crecimiento urbano (1938), reproducido en Theodorson 1974, I.
- 89 Hatt, El concepto de área natural (1946) en Theodorson 1974, I, 181-187.
- 90 H. Kirk Dansereau: Algunas implicaciones de las autopistas en la ecología de la comunidad, Theodorson 1974, págs. 293-314. Una reevaluación del legado de la Escuela de Chicago en Thomas J. (ed.) 1983; puede verse también Susan Smith 1984, sobre su influencia en geografía.
- 91 Trabajos de Topalov 1973, Granelle 1975 y otros.
- 92 A título de ejemplo, pueden verse algunos datos sobre las inversiones exigidas en París a partir de los trabajos de Haussman en Bastié 1964, pág. 196.
- 93 Richardson 1971, ed. 1975.
- 94 Que aparece, por ejemplo, en B. Weber. «A new index of residential construction and long cycles in housebuilding in Great Britain, 1838-1950». *Scottish Journal of Political Economy*, 1955, 2, p. 104-132. Para la síntesis que aquí realicé he utilizado la obra de Silva 1997, que se cita más adelante; la mayor parte de las referencias bibliográficas que cito en las notas 94 a 100 proceden inicialmente de dicho trabajo.
- 95 Como el trabajo de E.W. Cooney. «Capital exports and investments in building in Britain and USA, 1856-1914» (*Economica* 16, nº 64, 1949, p. 347-354).
- 96 H.J. Habakkuk («Fluctuations in housebuilding in Britain and the United States in the nineteenth century», *Journal of Economic History*, 22, nº 2, 1962), S.B. Saul («Housebuilding in England, 1890-1914», *Economic History Review*, 15, 1962, p. 119-137), A.G. Kenwood («Residential building activity in north-eastern England, 1853-1913», *Manchester School*, 31, 1963, p. 115-128), M. Abramovitz. *Evidences of Long Swings in Aggregate*

- Construction since the Civil War.* New York: National Bureau of Economic Research, 1964), Parry Lewis (*Building Cycles and Britain's Growth*, London, 1965).
- 97 En particular las de Brinley Thomas y otros: Brinley Thomas. «The demographic determinants in British and American building cycles, 1870-1913». In Donald McCloskey (ed.) *Essays on a mature economy*. Princeton University Press, 1971; *Migration and Urban Development: A Reappraisal of British and American Long Cycles*, London: Methuen, 1972; *Migration and Economic Growth: A Study of Great Britain and the Atlantic Economy*, Cambridge: Cambridge University Press, 1973) y la síntesis de Manuel Gottlieb (*Long Swings in Urban Developement*, New York, 1976).
- 98 Stefano Fenoaltea. «International Ressource Flows and construction movements in the Atlantic Economy: the Kuznets cicle in Italy, 1861-1913». *Journal of Economic History*, 1988, 48, 3, p. 605-637; «El ciclo de la construcción en Italia, 1861-1913: Evidencia e interpretación». In Leandro Prados de la Escosura y Vera Zamagni (eds.). *El desarrollo económico en la Europa del sur. España e Italia en perspectiva histórica*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 211-252.
- 99 Antonio Gómez Mendoza. «La industria de la construcción residencial: Madrid, 1820-1935». *Moneda y crédito*, 1986, 177, p 53-81.
- 100 Xavier Tafunell. «La construcción residencial barcelonesa y la economía internacional. Una interpretación sobre las fluctuaciones de la industria de la vivienda en Barcelona durante la segunda mitad del siglo XIX». *Revista de Historia Económica*, 1989, 7, 2, p. 389-93.
- 101 Silva 1997, en especial págs. 155-158, cap. II, págs. 152 ss., 159 y 162; un resumen de esta obra –de cuyo tribunal tuve el privilegio de formar parte– en Capel 1998 (<http://www.ub.es/geocrit/sn-84.htm>).
- 102 En este sentido el estudio de Craven 1969; Whitehand (1992, pág. 2) cita también el trabajo de Aspinall 1982. Aunque no son estudios sobre el paisaje urbano, Whitehand estima que «hicieron ver a los geógrafos la necesidad de análisis más rigurosos de la relación entre las formas en el paisaje y los individuos responsables de producirlo».
- 103 Whitehand, *The Changing Face of Cities*, 1992; en esta obra se trata de mostrar la relación entre los ciclos económicos y las fases de expansión urbana.
- 104 Un panorama del desarrollo de esos trabajos puede verse en J.W.R. Whitehand, *The Changing Face* 1987 y Ley 1988.
- 105 L. Needleman. *The economics of housing*. London: Staples Press, 1965.
- 106 Sobre la economía de la vivienda destaca la obra de Needleman (1965), ya citada. Entre las que señalan esa orientación desde la economía urbana al mercado de la vivienda, las de Brian Goodall. *The Economics of Urban Areas*. Oxford: Pergamon, 1972; K.J. Button. *Urban Economics. Theory and Policy*. London: Macmillan, 1976; Richard Arnott. «Economic Theory and housing». In Edwin S. Mills (ed.) *Handbook of Regional and Urban Economics*. Ámsterdam: Elsevier Sc. Pub. 2, 1987, p. 959-988; y Richard S. Muth. «Theoretical issues in housing markets research». In Allen C. Goodman (ed.). *The Economics of Housing Markets*. Chur: Harwod, 1989; Buyst, Erik. *An Economic History of Residential Building in Belgium Between 1890 and 1961*. Leuven: Leuven University Press, 1992. 307 p.
- 107 Véase sobre ello más adelante el capítulo 10 y en el vol. II el capítulo sobre edificación.
- 108 R. Rodgers. Speculative builders and the structure of the Scottish building industry, 1860-1914. *Business History* 21, 1979.
- 109 Richardson 1975, cap. 5.
- 110 Véase sobre ello Fraser & Sutcliffe 1983.
- 111 Calabi 1996; un marco más general en Sutcliffe (1970) 1973.
- 112 Como muestran los trabajos de Glück (1921), Gertenberg (1922) y Pieper (1936), citados por Dickinson 1959, pág. 23, nota 45.
- 113 Cid Priego 1955.

- 114 Hasta el punto de que Lucien Fevbre publicaba en ellos secciones de «*Regards sur la géographie*».
- 115 *Annales ESC*, 25, nº 4, 1970, pág. 830.
- 116 A título de ejemplo, los trabajos de R. Quenedey 1934; Georges Espinas, con su *Bulletin d'Histoire Urbaine*, F. Vossen 1947, O. Zunz 1970, Olmo 1989 y 1991. Para la consulta de la revista son muy útiles los índices generales correspondientes a 1929-48, 1949-68, 1969-88 y 1989-93. La trascendencia de las investigaciones geográficas para el desarrollo de la historia urbana fue reconocida explícitamente por F. Bedarida 1968.
- 117 Con atención al paisaje rural actual (Hartke 1949), a la reconstrucción de las ciudades europeas destruidas por los bombardeos de la segunda guerra mundial y otros temas de actualidad. En el número extraordinario dedicado en 1970 a «*Histoire et urbanisation*» se expresa claramente que el historiador tiene mucho que decir sobre los problemas de la ciudad, el origen de sus patologías y las opciones de planificación (vol. 25, nº 4, 1970, p. 830).
- 118 Por ejemplo, el examen de la serie *Historical Abstracts*, tanto en su serie A (1450-1914) como en la B (1914 hasta hoy), donde aparecen gran número de entradas sobre la ciudad y la morfología urbana: *city, urban, housing, rural-urban, slums, suburbs, towns, urbanization, civil engineering* ..., y amplia atención a la arquitectura, planeamiento, renovación urbana, mercado del suelo y otros temas próximos.
- 119 Puede destacarse en esa línea el vol. II de la *History of Birmingham*, redactado por Asa Briggs y titulado *Borough and City, 1865-1938*, que significó un hito importante para el desarrollo de una historia social y política de la ciudad, aunque él siempre la consideró «una historia y no la historia» de Birmingham (Briggs: «Foreword» en Dyos 1968, págs. V-XI).
- 120 Un panorama del desarrollo de estos estudios en Dyos 1968 y Checkland 1968.
- 121 Como en el estudio de E.R. Dewsnap. *The Housing Problem in England*, 1907.
- 122 Dio lugar, a partir de los 70, a grupos institucionalizados, Everitt, 1973.
- 123 Dyos (ed.) 1968.
- 124 Clark & Slack 1972; Clark & Slack 1976.
- 125 Chalklin 1974.
- 126 Briggs 1971, Dyos & Wolf 1973.
- 127 Como refleja la intervención de Carter y Conzen en reuniones de historia urbana, como la de Dyos 1968.
- 128 Sus trabajos se han ido publicando desde fines de los años 1950; en particular, Dyos 1968; síntesis del tema en Rodgers 1979.
- 129 Silva 1997, pág. 176; también Trowell 1985.
- 130 Lescure 1980.
- 131 Como el de H. Hobhouse (*Thomas Cubitt: Master Builder*. London: Macmillan, 1971, cit. por Whitehand, 1992).
- 132 Whitehand 1992, p. 3, cita algunos de esos estudios (por ejemplo, Johns 1971).
- 133 Sutcliffe (1970) 1973 y 1984.
- 134 Rodgers 1992, p. 12-13.
- 135 Grau 1969, Grau y López 1973, López y Grau 1971.
- 136 Arranz 1979 y ss.
- 137 Bahamonde y Toro 1978.
- 138 Lavedan 1941 y 1952, 1959.
- 139 Lavedan y Hugheney 1974; Lavedan, Hugheney y Henrat s.f.
- 140 Como el alemán Wolfgang Braunfels (1976) 1983, con referencia a las ciudades europeas, en las que ha estudiado las ciudades episcopales, las ciudades república, las potencias navales, las ciudades imperiales, las ciudades residenciales y las capitales estatales.
- 141 Como el libro del mismo Braunfels dedicado a la arquitectura monástica en occidente, o el de Carlrichard Brühl sobre *Palatium und Civitas*, 1975.
- 142 Entre ellas los diversos trabajos de A. Bonet Correa citados en la bibliografía; sobre su aportación a la historia del urbanismo véase Capel y Tatjer, y la bibliografía incluida en los volúmenes de *Homenaje al profesor Antonio Bonet Correa* publicados por la Universidad Complutense de Madrid, 1994, vol. I, págs. 54-88.
- 143 A. Gasparini, Ramón Gutiérrez, Gabriel Guarda, entre los arquitectos, a los que

- hay que añadir los de Jorge E. Hardoy, Jorge Luján, el mismo Antonio Bonet, de otros campos disciplinarios.
- 144 Ya hemos citado los trabajos del historiador Craven 1969, y el de Carter sobre la toma de decisiones (1970); siguiendo a Carter los de G. Gordon pusieron énfasis no solo en el proceso de la toma de decisiones, sino también en los que las adoptan; en España deben citarse en ese sentido los trabajos de Ramón Grau y Marina López realizados en los años 1970 y 80.
- 145 En ese sentido son interesantes los estudios sobre la tipología constructiva de corporaciones concretas; como la de los ingenieros militares, estudiada por Aurora Rabanal Yus.
- 146 Especial importancia tiene en ese sentido la tesis de Manuel Arranz sobre los maestros de obras que actuaron en Barcelona durante el siglo XIX y primera mitad del XX.
- 147 Como la polémica entre ingenieros y arquitectos (con estudios orientados por A. Bonet Correa). Estudios similares en otros países: por ejemplo, en Gran Bretaña, Kaye 1960.
- 148 Como, por citar uno relativamente reciente, el de Donald J. Olsen 1986, un estudio comparado de Londres, París y Viena en el momento de mayor esplendor durante el siglo XIX. El autor ha realizado importantes investigaciones sobre Londres y otros estudios de historia urbana, tales como *Town Planning in London. The Eighteenth and Nineteenth Century*, o *The Growth of Victorian London*.
- 149 Como los de Bentmann y Mueller 1975, o el de Denis Cosgrove sobre *The Palladian Landscape: Geographical Change and its Cultural Representation in Italy*, 1993.
- 150 Capel, Sánchez y Moncada 1988, o los trabajos de Aurora Rabanal, J.M. Muñoz Corbalán y J. Torrejón.
- 151 Véanse en la bibliografía las referencias a diversos trabajos de I. Cerdá; sobre este autor, Tarragó 1976, Soria y Puig 1980 y García-Bellido 2000.
- 152 Hagemann y Peets (1922) 1992, pág. 1.
- 153 Jürgens, ed. 1992.
- 154 Por ejemplo en la obra de Patrick Abercrombie, en cuya edición española se incorporó como apéndice el estudio de Santiago Esteban de la Mora sobre «Los trazados de las ciudades españolas», Abercrombie 1936.
- 155 Entre las más significativas se encuentra, además de la ya citada de Lavedan, las siguientes: Ashworth 1954, Bardet 1964; en Italia las investigaciones de historia urbana dieron pronto lugar a buenas síntesis, entre las que pueden citarse las de C. Aymonino, L. Benevolo y P. Sica, bien conocidas en el mundo hispano.
- 156 En España Torres Balbás junto con Luis Cervera Vera, Fernando Chueca Goitia y Pedro Bidagor serían los autores del famoso *Resumen histórico del urbanismo en España* (1954) durante mucho tiempo la única presentación de conjunto existente en nuestro país. La segunda edición incluye un nuevo capítulo de Antonio García Bellido; véase García Bellido, 1982. Uno de ellos, F. Chueca Goitia, realizaría luego nuevas aportaciones a la historia del urbanismo (Chueca Goitia, 1968).
- 157 Por ejemplo, la emprendida por E.A. Gutkind con el título de *International History of City Development* (New York: The Free Press, 1964-72, 7 vols.); el vol. III se dedica a *Urban Developement in Southern Europe. Spain and Portugal* (1957, 527 p.)
- 158 Podemos citar algunos ejemplos. Un buen panorama general en Borgwick & Hall 1981; podemos destacar las obras de Morini, Gutkind, Reps. En lo que se refiere a España la obra de Manuel Guardia, Francisco Javier Monclús y José Luis Oyón *Atlas histórico de ciudades europeas*, del que lamentablemente sólo han aparecido dos volúmenes (Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea, vol. I, *Península Ibérica*, Barcelona, Salvat, 1995. Vol. II, *Francia*, Barcelona, 1996). La publicación de toda la cartografía existente sobre una ciudad es una tarea a la que se han dedicado los arquitectos, ayudados a veces por otros especialistas. En

- España el *Atlas de Barcelona* (Galera, Roca y Tarragó 1972 y 1982) fue el primero de una larga serie de publicaciones posteriores sobre Madrid (COAM 1979), Lérida (Llop 1995), Guipúzcoa (Gómez Piñeiro y Sáez García 1999) y otras.
- 159 Es el caso de M. Zapatero y sus estudios sobre la fortificación abaluartada, del padre Gabriel Guardia (1990), de Ramón Gutiérrez, por citar unos pocos ejemplos especialmente significativos.
- 160 Como muestran los trabajos de Francisco Javier Monclús, José Luis Oyón, Manuel Guardia y Albert García Espuche, y la revista *Historia Urbana*, que aunque de carácter interdisciplinario está impulsada por arquitectos.
- 161 Solá-Morales, Manuel de (y otros) 1973-74; véanse también las otras referencias de este autor citadas en la bibliografía.
- 162 Como advierte A.E.J. Morris en *Historia de la forma urbana*, 1992.
- 163 Como la de John W. Reps, profesor del Departamento de Historia del Desarrollo y Planeamiento Urbano en la Escuela de Arquitectura, Arte y Urbanismo en la Universidad de Cornell, autor de varias obras fundamentales como *The Making of Urban America*, 1965 (reed. 1992) y *Cities of the American West. A History of Frontier Urban Planning*, 1979,
- 164 En la primera ciudad han tenido una actividad especialmente fructífera Fernando Terán, autor de obras indispensables para el estudio del planamiento urbano y la morfología en España, y Carlos Sambucio, especialista reputado en las ciudades de la Ilustración y que ha hecho también importantes aportaciones a la historia del urbanismo contemporáneo. En Barcelona es de destacar la labor de Manuel Ribas Piera, Manuel de Solá-Morales y otros miembros de LUB, a los que nos referiremos ampliamente en esta obra.
- 165 La reedición de dicho programa por la UPC permite disponer de ese texto, y valorar lo que en su momento representó; Manuel de Solà-Morales. *Les formes de creixement urbà*, Barcelona, Edicions UPC, 1993, con una introducción del autor y textos nuevos.
- 166 Por Manuel de Solá-Morales, Emili García, Ignacio Paricio, Mercedes Tatjer y otros; el trabajo recibió el Premio Nacional de Urbanismo en 1985.
- 167 Además del mismo Manuel Solá-Morales, Joan Busquets, Antonio Font, Miquel Domingo, José Muntañola, Gómez Ordóñez, Amador Ferrer se cuentan entre los que han realizado más destacadas aportaciones.
- 168 Entre los que se cuentan Paolo Maretto, Giancarlo Cataldi, Gian Luigi Maffei, Maria Grazia Corsini, Giuseppe Strappa.
- 169 Caniggia (1979) ed. 1995, pág. 29-30, y pág. 39.
- 170 Me refiero a autores como M. Campos Venutti, M. Tafuri, C. Aymonino y L. Benevolo, ampliamente citados en esta obra.
- 171 Así, por ejemplo, lo valora Meyer 1999, pág. 17.
- 172 Capel 2000 («El geógrafo y las periferias urbanas. Reflexiones para arquitectos»).
- 173 Delevoy 1978; en particular L. Krier «The reconstruction of European city», págs. 38-42.
- 174 Krier & Coulot (eds.) 1980, y en particular Léon Krier «Manifesto: the reconstruction of the European city or anti-industrial resistance a global project», y L. Krier, «Forward comrades, we must go back», *Oppositions*, nº 24, Spring 1981.
- 175 El ideal de Le Corbusier y de otros arquitectos racionalistas ligados a los CIAM, véase capítulo 10.
- 176 Manuel de Solá-Morales 1993.
- 177 Gaja 1995, pág. 58.
- 178 García-Bellido 1999; un resumen y comentario de esta tesis en Capel 1999 (<http://www.ub.es/geocrit/b3w-168.htm>); y contestación del autor en *Biblio 3W* (<http://www.ub.es/geocrit/b3w-171>)
- 179 Por ejemplo, la excelente historia del derecho urbanístico español realizada por Martín Bassols 1973.
- 180 Además de la obra citada, otras del mismo autor contribuyeron luego a profundizar en el tema (Lynch 1981, 1990).
- 181 Un panorama general en Capel 1973.
- 182 Laurie (1975) 1983, pág. 11.

- 183 Laurie 1983.
- 184 Ribas Piera 1995, pág. 22. El número de la revista *Ciudades* en que se incluye este artículo está dedicado a «La enseñanza del urbanismo. Una perspectiva europea», con estudios sobre España, Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia (Universidad de Valladolid, Instituto de Urbanística, vol. 2, 1995).
- 185 En la nueva edición de su manual Harold Carter, incopora ya la renovación de los estudios morfológicos que procede de los trabajos de Whitehand.
- 186 Gaja 1995, pág. 63.
- 187 Por ejemplo, Aguiló 1999.
- 188 Desde los trabajos de David Lowenthal, especialmente innovadores.
- 189 En donde han sido muy influyentes los trabajos de Georges Bertrand, que en España han sido muy seguidos por el grupo de María de Bolós en el departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona; una valoración de los mismos en Grau 1985.
- 190 Lowenthal 1968.
- 191 Cosgrove 1984.
- 192 Por ejemplo, desde la obra de Italo Calvino *Las ciudades invisibles*, publicada en 1972 y de la que existen traducciones a otras lenguas (inglés 1974, español 1983), lo que la hizo muy conocida por los arquitectos.
- 193 G. Kearns, en Kearns y Philo 1993, cap. 3.
- 194 Por ejemplo, en la interpretación de Fernando de Terán, 1984; compárese con la Capel 1981 (cap. 9), en lo que se refiere a la evolución de la geografía.
- 195 La de Kate Nesbitt, *Theorizing a New Agenda for Architecture. An Anthology of Architectural Theory 1965-1995*, 1996.
- 196 Glusberg 1991, pág. 80 y todo el capítulo «Deconstruction en action»; de manera similar en Jencks 1990 («Deconstruction. The Soud of one mind laughin, or the solipsist's delight», p. 203 y ss.). También Luis Fernández-Galiano ha hablado de la actual «fase gaseosa» de la arquitectura (*El País* 23.XII.2000, *Babelia* pág. 21).
- 197 F. de Terán 1997, pág. 22; y Capel 2001, pág. 51.
- 198 Moudon 1997.
- 199 Entre ellas la de M.R.G. Conzen (1998) que propone dar a la morfología urbana una base filosófica a partir de la obra de Ernst Cassirer y en especial de sus conceptualizaciones de substancia, función y cultura.
- 200 Dirigida por José Luis Piñón y con un consejo de redacción en el que predominan arquitectos, geógrafos e historiadores: Alfonso Álvarez Mora, James Amelang, Carmen Blasco, Antonio Collantes de Terán, Mª Rosa Jiménez, Rafael Mas Hernández, Javier Monclús y Trinidad Simó, con la colaboración de Alfonso Álvarez Mora, Santos Madrazo, José Luis Oyón, Manuel Valenzuela y Mercedes Tatjer.
- 201 Entre los itinerarios didácticos urbanos puede destacarse el de Fernández, Hernández, Tatjer y Vidal 1985.
- 202 Bohigas 1986, pág. 42.
- 203 Ver sobre estas pretensiones Cervellatti 1983, en Ciardini y Vallini: *Los centros históricos*.